LA MEDALLA DE ORO DE KATYA

Capítulo 1

La niña de los gansos

Observar gansos es aburrido —refunfuñó Katya, de nueve años, mientras balanceaba los pies descalzos en el río.

A Katya le gustaba visitar a sus abuelos paternos, baba (abuela) Katya y dido (abuelo) Vania por el verano, pero no le gustaba tener que cuidar a los gansos de baba Katya.

Las grandes aves grises y blancas graznaban suavemente mientras picaban las malezas en la pradera al lado del río. Eso no era para nada interesante. Había cuidado a los gansos desde que eran pequeños, y si no veía nunca más un ganso en su vida, sería feliz.

Las aves la odiaban. Especialmente el líder. Con frecuencia la picoteaba con su pico duro, y le hacía doler. No le gustaban las aves más de lo que las aves la querían a ella.

Katya se dio vuelta para mirar el paisaje típico del final del verano en Ucrania. Más allá del río veía trigales dorados, praderas y el pueblo en el que vivían sus abuelos. Hacia la derecha podía ver personas moviéndose en los campos de la granja cooperativa. Bueno, no había mucho más que eso. Sacó dos pequeños autos de su bolsillo y trató de hacer una ruta para ellos en el pasto espeso, pero los autos se atascaban entre las hierbas. No podía hacerlos andar más que algunos centímetros. Además, no era divertido jugar sola. Deseaba que su perro, Hipka, estuviera allí. Él pondría rápidamente en su lugar a los gansos. Y podría jugar con él.

Disgustada, puso los autitos en su bolsillo de nuevo. Tiró algunas piedras. Hizo una trenza de tallos de hierba y la ató en la punta de un palito. Luego balanceó la trenza en el agua, tratando de agarrar algún pez. Vio uno, pero pasó nadando sin siquiera mirar la trenza. Katya tiró el palito a un lado. —¡Gansos estúpidos! —exclamó. El ganso líder se molestó por su exclamación y corrió hacia ella, siseando con las alas extendidas. Katya se apartó de su camino.

— ¡Vuélvete! ¡Aléjate de mí! —Exclamó Katya—. ¡Si baba Katya quiere que alguien los vigile, puede vigilarlos ella misma! Voy a buscar a alguien con quien jugar. Se bajó el arremangado del pantalón y fue saltando hacia el pueblo en el que vivían sus abuelos. Se dijo a sí misma que estaba feliz de haber dejado a los gansos. Eran aves estúpidas.

Pero muy adentro sabía que estaba mal. Baba Katya confiaba en que ella cuidaba a los gansos. ¿Y si un zorro llegaba y se comía uno? ¿O un lobo? Un lobo podía comer varios gansos de una vez. Baba Katya contaba con esas aves a fin de obtener el dinero que necesitaba para comprar provisiones para el invierno.

Katya amaba a su abuela. No quería que pasara hambre este invierno. Tal vez estaba mal irse. Tal vez...

— ¡Katya!

Katya se dio vuelta rápidamente cuando escuchó su nombre. Eran Frozina y Annychka, sus dos amigas del pueblo, que corrían hacia ella por la verde estepa.

— ¡Hola, Frozina! ¡Hola, Annychka! ¿Qué están haciendo aquí? ¿No deberían estar vigilando los gansos de sus madres?

— ¡Oh, gansos! —Escupió Frozina—. Aves estúpidas. Las dejamos para que se cuiden a sí mismas.

—Pero... ¿y si les sucede algo? —preguntó Katya.

—Nunca les sucede nada —declaró Annychka—. ¿Vas a jugar con nosotras o no?

—Sí. Por supuesto que voy a jugar —los miedos de Katya por los gansos se evaporaron ante la seguridad que le dieron sus amigas.

—¿A qué podemos jugar? —Preguntó Frozina—. ¿Ju-gamos a la casita?

— ¡No! Juguemos a los autos —instó Katya sacando

tres pequeños autos de su bolsillo.

—¿Ven? Tengo uno para cada una. Podemos construir una ruta y correr carreras.

Annychka miró a su alrededor a la pradera.

—¿Cómo podemos construir una ruta aquí? —preguntó.

—Iremos hacia el río. Hay mucha tierra bajo el puente —le dijo Katya.

Así que las niñas se dirigieron hacia el puente de madera. Pronto habían alisado una "ruta" larga y alineado sus autitos para la carrera.

—¡Preparados! ¡Listos! ¡Ya! —gritó Katya, y las tres comenzaron a correr agachadas, empujando sus autos. De repente, Frozina viró bruscamente hacia su izquierda y chocó contra Katya. Katya se cayó hacia el costado, empujando a Annychka.

— ¡Hiciste eso a propósito! —gritó Katya. Frozina se rió.

—Qué lástima. Perdiste —gritó mientras seguía corriendo—. ¡Gané!

El rostro de Katya se puso rojo de furia. Poniéndose de pie de un salto, se abalanzó hacia ella.

Frozina palideció al ver a su amiga enojada arremeter contra ella. Se dio vuelta para correr, pero era demasiado tarde. Katya saltó sobre la niña, haciéndola caer al suelo y golpeándola con sus puños.

— ¡Hiciste trampa! ¡Hiciste trampa! —gritaba Katya. —¡Detente! ¡Detente! —sollozaba Frozina con sus manos frente a su rostro para protegerlo; pero Katya no se detenía.

Annychka tiró de la chaqueta de Katya. —Katya—rogó—. Detente. Por favor, detente. Katya se enderezó, todavía sentada sobre Frozina. —Di que lo lamentas —ordenó. —Yo... yo lo... lo lamento —Frozina tragó saliva. —Está bien, entonces —dijo Katya poniéndose de pie— . Pero no hagas trampa nunca más —le advirtió sombríamente—. La próxima vez no te voy a dejar ir tan rápido.

Frozina asintió. Levantó su auto con cuidado y las tres niñas comenzaron a jugar de nuevo. Se olvidaron de la pelea rápidamente mientras amontonaban tierra para hacer caminos. Clavaron ramitas como si fueran árboles y utilizaron montones de pasto como casas.

Después de un rato hicieron de cuenta que los autos eran vehículos militares de países en guerra. Estuvieron un buen rato atacando los vehículos de las demás.

Cuando se cansaron de ese juego se sentaron junto al camino tratando de pensar en otro juego.

—Ya sé —dijo Frozina después de que estuvieron sentadas un rato—. Podemos jugar a hacer fogatas.

-¡Sí!

Fogatas era uno de los juegos preferidos de Katya, pero ¿dónde podían jugar?

—Hay una parva grande de paja detrás de nuestra casa —dijo Frozina—. Podemos usar un poco.

—¿No se enojarán tus padres? —preguntó Annychka.

—Usaremos solo un poco. Nunca se enterarán —le dijo Frozina.

Pero Annychka todavía no estaba segura.

—Vamos, Annychka —se burló Katya—. ¿Qué eres? ¿Una mariquita? A que no te atreves.

Annychka no podía rechazar un desafío, así que las tres se apuraron en llegar al pueblo y entraron a escondidas al patio trasero de Frozina.

—¿Ven? Ahí está la paja —señaló Frozina.

Las niñas rápidamente juntaron pequeños montones de paja y compitieron para ver quién podía hacer que su montoncito se prendiera fuego más rápido.

— ¡Gané! —alardeó Katya—. ¿Ven? Está saliendo humo de mi parva.

Efectivamente, su montoncito de paja estaba ardiendo y echando humo. De repente estalló en llamas.

— ¡Sí! Yo gané, ustedes perdieron —dijo Katya en tono burlón.

Justo en ese momento una ráfaga de viento alcanzó al fuego y lanzó pequeñas lenguas sobre el pasto.

— ¡Apágalo! —gritó Frozina—. ¡Vas a quemar nuestra casa!

— ¡Vamos a quemar todo el pueblo si el fuego se nos escapa! —gritó Annychka.

Con eso, las tres niñas corrieron por el patio, pisoteando cada pequeña chispa y espiral de humo que podían encontrar.

—¡Frozina! —llamó una voz femenina. Las niñas se paralizaron. ¿Las habían descubierto?

—Ven a cenar —llamó la voz. Frozina se dio vuelta.

— ¡Los gansos! ¡Tengo que traer los gansos de mi madre!

Salió corriendo del patio y por el camino hacia la pradera.

—Yo también me debería ir —dijo Annychka—. Mi madre me debe estar buscando. Y ella también se fue.

Pero Katya era la corredora más rápida del pueblo, era aún más rápida que los muchachos. En poco tiempo se adelantó a sus dos amigas mientras todas corrían hacia la pradera a buscar sus bandadas de gansos.

Al llegar al pie de la colina donde había dejado a los gansos de baba Katya, Katya patinó hasta detenerse. ¡Los gansos no estaban! ¿Qué le diría a baba Katya? Esas aves eran su sustento. ¿Cómo reaccionaría?

Refunfuñando, Katya comenzó a caminar arrastrando los pies por el camino hacia el pueblo. Trató de pensar en una historia convincente que explicara la desaparición de los gansos. Pero no se le ocurrió nada. Al aproximarse a la pequeña casa de los abuelos, vio a dido Vania sentado en el porche, al sol. Se veía enojado. Pero él generalmente se veía enojado. Durante la Segunda Guerra Mundial, dido Vania había sufrido una lesión en sus piernas y espalda. No podía trabajar, y el no poder hacer nada lo enojaba. Se quejaba mucho.

— ¡Niña malcriada! —rugió dido Vania apenas la vio. Su voz profunda y enojada la asustó. Te escapaste y dejaste solos los gansos de tu abuela —sacudió el puño—.

¿Cómo piensas que viviremos durante el invierno si no tenemos el dinero que nos dan los gansos?

A Katya se le cayó el alma a los pies. Los gansos estaban muertos. Un lobo o un zorro había encontrado a la bandada y los había matado. Todo porque ella se había ido a jugar. Agachó la cabeza.

— ¡Podrían haberlos matado! —bramó dido Vania.

Katya levantó la cabeza rápidamente.

—¿No están muertos? —chilló.

—No, pero podrían estar muertos —resonó la voz de dido Vania—. Volvieron solos a casa hace unos minutos. Tu abuela está muy enojada contigo, jovencita. Ve a ver qué tiene ella para decir.

—Sí, dido Vania —murmuró Katya mientras salía de su alcance.

Baba Katya estaba en el patio trasero, cerrando el corral de los gansos. Las grandes aves graznaban suavemente mientras se acomodaban para la tarde.

Baba Katya se dio vuelta hacia su nieta con el rostro furioso.

—Dejaste solos a mis gansos. ¿Cómo puedes haber sido tan irresponsable?

Una vez más Katya bajó la cabeza.

—Pero, baba Katya, los gansos están bien ¿no es así?

—No gracias a ti, niña traviesa. Podrían haberlos matado en la ruta. O un lobo podría haberlos comido.

De repente el enojo de baba Katya pareció evaporarse.

—Llama a dido Vania para la cena —le dijo sin alterar la voz. Luego se dio vuelta y fue hacia la casa.

Después de la cena, baba Katya fue a la habitación de Katya llevando un gran cuchillo y dos bolsas.

—Ven, Katya. Vamos a trabajar en el jardín —le dijo, dándole una de las bolsas.

Juntas, la anciana y la jovencita caminaron por el camino de tierra, saliendo del pueblo, hacia la parcela de huerta de la familia.

Los girasoles estaban llenos de semillas maduras, las cabezas caían pesadamente. Baba Katya agarró una cabeza de girasol y cortó el tallo grueso con el cuchillo. Le dio la flor a Katya quien la guardó en una de las bolsas. Mientras trabajaban, baba Katya comenzó a contarle una historia.

—En la década de 1930, cuando yo era una jovencita, Stalin decidió eliminar la religión. Sabes quién fue Stalin, ¿cierto?

—Stalin fue el segundo gran primer ministro de la gloriosa Unión Soviética —respondió Katya, citando a sus maestros. Baba Katya resopló pero no hizo ningún comentario. Continuó con su historia.

—Muchas personas estaban asustadas, así que se rendían y se deshacían de sus Biblias. Otras las escondían. Algunas veces, los que trabajaban para el estado pasaban por las casas buscando Biblias. Si encontraban una Biblia en una casa, la familia tenía que pagar una multa.

—Algunas de las personas que registraban las casas no creían en Dios. Otras solamente estaban asustadas, así que trataban de parecer buenos comunistas y ateos. —¿Qué hacían con las Biblias? —preguntó Katya. —Juntaban todas las que podían encontrar —dijo baba Katya—. Finalmente las llevaban hasta el parque. Allí las apilaban y bailaban sobre ellas. Baba Katya sacudió la cabeza.

—Eso era algo muy malo —dijo—. Eso era blasfemia. Pero las personas le temían más al estado que a Dios. Después de bailar sobre los libros sagrados, los prendían fuego y los quemaban. ¡Oh, qué cosa tan malvada! —ahora baba Katya casi estaba llorando—. Tomaron nuestra Biblia familiar con los nombres y fechas de las bodas, nacimientos y defunciones escritos en ella. Era nuestro registro familiar, y se fue para siempre.

Katya estiró el brazo y acarició la mano de su abuela.

—Lo siento mucho, baba Katya.

La anciana trató de sonreír.

—No estés triste por mí, Katya. Laméntate por los infieles que trataron de forma tan terrible a la Biblia.

—¿Por qué? ¿Qué les sucedió? —preguntó Katya.

Baba Katya miró a lo lejos. La luz del sol poniente brillaba en su rostro arrugado.

—Recuerdo a una familia —dijo—. Pensaron que estarían seguros porque juntaron muchas Biblias y las quemaron. Era una familia grande: muchos hijos, primos y tíos. Unos pocos meses después de quemar las Biblias, uno de los hijos se ahogó en este mismo río que pasa por nuestro pueblo.

Katya se estremeció al mirar hacia el río. No parecía peligroso ahora, pero sabía que en la primavera algunas veces se desbordaba y estaba lleno de corrientes rápidas y remolinos.

—Entonces —continuó baba Katya—, uno de los primos fue atropellado por un auto, y murió. Y uno de los tíos pasó caminando junto a una pared que se derrumbó, y lo mató.

Para entonces la boca de Katya estaba muy abierta. ¡Eran demasiadas cosas horribles para que le sucedan a una sola familia!

—Otro hijo murió de una fiebre terrible —dijo baba Katya. Se dio vuelta y miró a Katya. Sus ojos oscuros brillaban con destellos dorados en los últimos rayos de luz.

—Así que, Katya, puedes ver que no conviene rechazar a Dios. No conviene blasfemar.

Katya la miró fijamente.

—Nunca rechaces a Dios —dijo baba Katya firmemente—. Nunca.

—No lo haré —prometió Katya, sacudiendo su cabeza enérgicamente—. Y nunca blasfemaré Incluso cuando descubra lo que eso significa, pensó.

Baba Katya le dio una palmadita en el hombro.

—Eso es bueno. Porque Dios castiga a los que lo rechazan. Ahora, volvamos a casa. Ya es casi de noche.

Cada una agarró una de las pesadas bolsas con cabezas de girasoles y la puso sobre un hombro mientras caminaban hacia la casa.

Era escalofriante caminar por el camino en el sombrío atardecer. De vez en cuando Katya oía un crujido en el pasto o sentía una briza repentina, y tenía que obligarse a no llorisquear. Estaba a salvo, se decía a sí misma. Dios no la castigaría. Ella no lo había rechazado ni había blasfemado.

Sin embargo, estiró el brazo y tomó la mano de baba Katya.

Capítulo 2

El corte de cabello prohibido

Un día, cerca del final de la visita de Katya, su babushka (abuelita) decidió carnear algunos gansos. Esta era la oportunidad de Katya de compensar su mal comportamiento anterior. Katya disfrutaba de ayudar a baba. Trotó alegremente hasta el patio adonde baba Katya estaba esperándola, cerca del corral de los gansos.

—Agarra aquel —indicó baba Katya, señalando un ganso gordo gris. Katya lo agarró de una pata. El ganso graznó, y Katya echó hacia atrás la cabeza para evitar que las alas poderosas del ave le pegaran en el rostro.

Mientras Katya presionaba el cuello del ganso en el viejo tronco que usaban de base para cortar, baba Katya tomó la cabeza, del ave y bajó el afilado cuchillo de carnicero. Iba a cortar el cuello en dos.

De repente Katya no pudo mirar más. Por primera vez le pareció cruel, y se dio vuelta y corrió a la casa. La risa de baba Katya la siguió. Katya dio un portazo y corrió a través de la casa hasta la sala, donde se agachó en el piso detrás del sillón. No salió hasta que escuchó que su abuela entraba en la cocina.

—Te ayudaré a limpiar el ganso, baba Katya —dijo la niña dócilmente.

—Bien. No te preocupes por tu estómago débil —dijo baba Katya amablemente—. Eres exactamente como tu madre: compasiva —sacudió su cabeza—. No es bueno para una niña de granja, pero supongo que tú tienes otros planes para tu vida.

—No tengo ningún plan por ahora —admitió Katya—, excepto unirme a los Pioneros este próximo año escolar.

—Tienes que ser una niña muy buena para eso —le recordó baba Katya.

—Lo sé. Seré buena. De verdad —insistió Katya.

Y trató con todas sus fuerzas de ser buena. No quería hacer que baba Katya y dido Vania se sintieran mal. Y tampoco quería que le gritaran, especialmente dido Vania, con su voz profunda y atemorizante.

Pero todo el mundo parecía conspirar en contra de ella. Los gansos que quedaban continuaban atormentándola, estaba aburrida, y el clima era muy caluroso. Una tarde, unos días después, se sentó junto al arroyo y levantó su cabello largo y pesado, alejándolo de su cuello y espalda. Por un breve momento la briza refrescó su piel sudorosa.

—Deberías hacer que tu baba te corte el cabello. La mía lo hizo —dijo una voz detrás de ella.

Katya de dio vuelta y vio a Frozina, de pie detrás de ella, sonriendo. El cabello dorado de Frozina estaba cortado y ahora formaba un óvalo suave alrededor de su rostro.

— ¡Oh, Frozina! Tu cabello está precioso —exclamó Katya.

—Es mucho más fresco así —dijo Frozina—. Realmente deberías pedirle a tu baba que te corte el cabello.

Katya recorrió con los dedos su cabello espeso. Le llegaba hasta debajo de la cintura. A baba Katya y dido Vania les gustaba su cabello largo. Lo llamaban su "máximo atractivo".

Un "máximo atractivo" puede ser lindo en invierno, pensó Katya, pero en verano es demasiado caliente. Cuanto más pensaba en cortarse el cabello, más emocionada se sentía. Casi no podía esperar a volver a la casa esa tarde.

Apenas entró en la cocina, preguntó:

—Baba Katya, ¿me podrías cortar el cabello? Está tan caluroso. El cabello corto sería mucho más cómodo.

—¿Cortar tu hermoso cabello? ¡De ninguna manera! —respondió baba Katya horrorizada.

—Ni siquiera pienses en eso —ordenó dido Vania.

Katya no dijo nada, pero hizo puchero durante toda la cena y mientras realizaba sus tareas. Apenas pudo murmuró malhumorada un "Buenas noches", y se fue a su habitación. Las casas ucranianas eran grandes, y baba y dido habían tenido cinco hijos, así que disponían de muchas habitaciones. La de Katya estaba lejos de la de sus abuelos.

De repente tuvo una idea brillante. Si esperaba hasta que sus abuelos estuvieran dormidos, no la escucharían salir de su habitación. Entonces podía cortarse el cabello, y no se despertarían. Una vez que estuviera hecho, ¿qué podrían decir?

Baba Katya trabajó hasta tarde, como hacía cada noche. Fue difícil para Katya quedarse despierta mientras esperaba. Pero finalmente la casa quedó en silencio. Katya esperó un poquito más para asegurarse de que sus abuelos estuvieran dormidos.

Entonces salió sigilosamente de su habitación y fue a hurtadillas hacia la sala. Buscó a tientas en el costurero de baba Katya hasta que encontró las tijeras. No se atrevió a prender ninguna luz. Simplemente sostuvo su cabello a la altura que pensó que debería estar, y dio un tijeretazo tras otro.

Tanteó con una mano toda la vuelta de su cabello mientras con la otra cortaba en lo que estaba segura que era el mismo estilo que el de Frozina.

¡Oh, sí! Con el cabello a la altura de los hombros, su espalda estaba mucho más fresca y era más fácil separar su cabello del cuello para que la brisa lo refrescara. Ahora podría dormir cómodamente. Todavía trabajando a oscuras, barrió el cabello del piso y lo tiró en un tacho de basura. Luego caminó en puntas de pie hasta su habitación y se metió en la cama. En poco tiempo se durmió profundamente.

Pareció que no había pasado nada de tiempo cuando el canto de los gallos del pueblo despertó a Katya. Tienen que haberse equivocado. No podía ser hora de levantarse. Pero cuando abrió sus ojos vio que el cielo ya estaba aclarando en el horizonte.

—Hora de levantarse, perezosa —llegó la voz alegre de baba Katya desde afuera de la puerta de su habitación.

Katya salió a gatas de su cama, olvidándose por com-pleto de su corte de cabello. Se vistió rápidamente y se apuró en llegar a la cocina para ayudar a su abuela a preparar el desayuno.

Baba Katya estaba poniendo huevos en un recipiente cuando vio de reojo a Katya en la puerta. Quedó boquiabierta.

—¡Katya! —exclamó—. ¿Qué has hecho con tu cabello?

De repente Katya recordó, y se tocó el cabello con la mano.

—Era demasiado caluroso de la otra forma —discutió—. Tenía que cortarlo.

—¿Te has visto en el espejo? —preguntó baba Katya. La niña sacudió su cabeza.

—Ven aquí.

Baba Katya guió a su nieta hasta la sala y se paró con ella frente al espejo.

¡Qué horror! En lugar de estar pulcramente arreglado en el estilo ovalado y suave que Katya había imaginado, su cabello sobresalía por toda su cabeza. Peor todavía, parecía que no había dos mechones de la misma longitud. Parecía un alfiletero torcido.

—Baba Katya —gimió—. Por favor, arregla mi cabello. Tú puedes emparejarlo.

Pero la mujer sacudió su cabeza.

—No tocaré ni un solo cabello.

—Entonces iré a la peluquera. Ella puede arreglarlo —dijo Katya esperanzada.

Baba Katya sacudió la cabeza nuevamente.

—Tú desobedeciste. Estabas decidida a tener cabello corto sin importar lo que nosotros dijéramos. Ahora que lo tienes, tendrás que vivir con él. Veremos qué dicen tus padres cuando su pequeña puercoespín llegue a casa.

Y antes de que Katya pudiera acostumbrarse a su espantoso cabello, llegó el momento de volver a casa. Dido Vania llegó a casa con Alexander Govorov y su esposa, Olga Govorovna. Ellos eran amigos de los padres de Katya, allá en Karamken, donde vivían. La habían traído a Ucrania con ellos, y la acompañarían de vuelta a su casa.

—Hola, tío. Hala, tía —dijo Katya cortésmente, en la forma en que los niños rusos se dirigían a los adultos.

—Hola, Katya—dijeron el tío Alexander y la tía Olga. Miraban fijamente su cabello, y Katya deseaba poder usar una gorra tejida para esconderlo. Pero era verano, y cualquier gorra sería muy calurosa. Miró hacia el piso. —Katya —dijo la tía Olga—, ¿quién cortó tu cabello? Nunca vi algo semejante.

—Yo lo corté —murmuró Katya con el rostro rojo de vergüenza.

—Oh —dijo la tía Olga. Después de eso, no volvió a mencionar el cabello de Katya.

Baba Katya y dido Vania abrazaron a Katya, despidiéndose. Luego, ella tomó sus bolsos y siguió al tío y la tía hasta la calle.

El camino iba por la colina hacia el río. Katya miró a la pradera donde había vigilado a los gansos. Ya habían matado o vendido a todos los gansos. No la atormentarían más este año.

Pensar en eso hizo que Katya se sintiera mejor. Levantó su cabeza. Realmente se sentía más fresca con el cabello corto. Comenzó a sonreír.

En pocos minutos los tres habían llegado a la parada de autobús al lado del río. Cuando el autobús se aproximó, el tío Alexander le hizo una seña. El guarda bajó y abrió el compartimiento para el equipaje para que pudieran guardar su equipaje. Luego todos subieron al autobús, el tío pagó los boletos, y comenzaron el viaje.

Mientras Katya miraba por la ventanilla del autobús, pensando en el largo viaje que tenía por delante, sintió que alguien la estaba mirando. Levantó la vista y vio que el hombre que estaba en el asiento de adelante estaba dado vuelta, mirándola.

—Pequeña —dijo el hombre—, ¿quién cortó tu cabello?

Katya bajó su cabeza.

—Yo lo hice, tío —respondió.

—Oh —dijo el hombre—. Me imaginé que había sido algo así.

Aunque había sido amable y no se había burlado de ella, Katya estaba avergonzada. Pasaron varios minutos hasta que levantó la vista de nuevo.

Después de un viaje de una hora, el autobús paró en una estación de trenes. Katya estaba feliz de bajar del autobús. Mientras esperaban en el andén a que llegara el tren, trató de no cruzar miradas con nadie.

Pero cuando llegó el tren, el guarda la miró detenidamente. Mientras entraba al tren le hizo la pregunta que ella sabía que venía:

—Niña, ¿quién cortó tu cabello?

Y nuevamente tuvo que admitir que ella lo había hecho. Oh, ¡cómo deseaba haber obedecido!

No había nadie más en el vagón en el que estaban ella y sus acompañantes, y Katya estaba feliz por eso. Por un rato se pudo relajar sin esperar que alguien le hiciera "la pregunta".

A la hora de cenar Katya abrió la canasta de comida que baba Katya le había dado. Había colocado varios tipos de varenyky. Eran pequeños bollitos hechos de masa hervida y rellenos de cosas ricas como papa y queso, chucrut o requesón. Algunos incluso tenían arándanos o cerezas adentro.

Baba Katya también había incluido varias manzanas y duraznos frescos, y algunas cerezas dulces envueltas en una servilleta. De postre había algunos khrustyky, bollos dulces fritos con almendras. Y, por supuesto, había muchas semillas de girasol tostadas y saladas para merendar.

Durmieron en el tren, y a la mañana siguiente llegaron a Moscú. De allí tomarían un avión para cruzar Rusia y llegar a la ciudad de Magadan, la ciudad principal de la región de Kolyma, muy lejos, al este de Siberia.

Cuando abordaron el avión, Katya tuvo que sentarse una fila adelante de donde estaban los asientos del tío y la tía. Cuando la mujer que se sentó a su lado la miró intensamente, Katya se hundió en su asiento, pero sabía que no podía evadir "la pregunta".
—Pequeña, ¿quién cortó tu cabello? —preguntó lamujer.

Katya estaba a punto de gritar. Durante las siguientes ocho horas se quedó muy quieta en su asiento. De vez en cuando alguien pasaba, la miraba dos veces, y preguntaba por su cabello. Finalmente Katya fingió estar dormida.

En Magadan tomaron otro autobús, y dos horas más tarde llegaron finalmente a Karamken. El nombre del poblado significaba "ventoso" en el idioma del pueblo chukchi, quienes fueron los primeros habitantes. Y el lugar hacía honor a su nombre.

Mamá estaba esperando el tren. Sonrió cuando vio a Katya bajar del autobús, pero su sonrisa desapareció rápidamente al ver que su cabello no estaba siendo simplemente azotado por el viento.

— ¡Katya! —exclamó la mamá-. ¿Qué le sucedió a tu cabello?

Katya agachó la cabeza.

—Lo siento, mamá —entonces sus palabras salieron rápidamente—. Estaba tan caluroso, tan caluroso, todos los días. No lo aguantaba, mamá, tuve que cortarlo. Tú entiendes, ¿no es así? ¿Me dejarás ir a la peluquería? Una peluquera puede arreglarlo.

—¿Por qué cortaste tú misma tu cabello, Katya? —pre-guntó la mamá severamente—. ¿Por qué no lo cortó baba Katya?

El corazón de Katya latía fuertemente, y miró al suelo. Las palabras de Katya eran casi inaudibles.

—Ella dijo que no.

Mamá sacudió su cabeza pero no dijo nada más. Cuando llegaron a la casa, Katya tuvo que explicarle todo de nuevo a su papá.

—Puedo ir a la peluquería, ¿cierto, papá? —rogó Katya, aunque sabía que a papá no le gustaba gastar dinero.

—Se cumplió tu deseo de tener el cabello corto. Eso es suficiente —declaró papá—. No irás a la peluquería. Llevarás tu cabello tal como está hasta que crezca. Veremos cuan pronto desobedeces de nuevo.

Levantó su diario y comenzó a leer.

Katya estaba casi llorando, pero no se atrevía a discutir con su papá. Hipka aulló compasivamente y lamió su mano, pero no ayudó. Tendría que ir a la escuela con su cabello mal cortado. Y por meses, hasta que creciera de nuevo, tendría que soportar las burlas de sus compañeros.

Capítulo 3

Una joven Pionera

Como de costumbre, el invierno llegó temprano a la tundra. Con todos los demás niños del poblado de Karamken, Katya solía hacer esquí de fondo cuando no estaba patinando sobre hielo en el Río Kolyma congelado o cavando cuevas en la nieve.

Sin embargo, Katya caminaba hasta la escuela porque tenía que cruzar una carretera muy importante que era peligrosa para los esquiadores. La caminata no era larga, solo unos cinco minutos, pero estaba feliz de poder cubrir su cabeza con un gorro de lana calentito. Además de protegerla del frío, no quería que los otros niños se burlaran de su cabello.

El camino a la escuela pasaba por galpones en ruinas y por una fábrica que era de la época de Stalin, la cual había finalizado hacía más de veinte años. Cuando Katya era más joven, ella y sus amigos habían buscado viejos periódicos, libros y otros objetos entre los escombros de la fábrica. Usaban esos tesoros que rescataban para jugar a la oficina o a la escuela. Pero la fábrica siempre hacía que Katya se estremeciera un poco.

La fábrica había sido parte de los campos de trabajos forzados para esclavos que Stalin había construido. Se había traído a los prisioneros políticos hasta aquí, donde no tenía sentido escapar porque no había adonde ir. Entonces los habían hecho construir rutas, cavar minas de oro o trabajar en las fábricas para procesar los minerales.

Luego de la muerte de Stalin, el gobierno cerró los campos. El gobierno había ofrecido salarios altos para atraer a familias jóvenes y construir poblados en la región. En una especie de fiebre de oro, personas jóvenes llegaron desde todo Rusia para hacer fortuna en el este congelado.

El padre y la madre de Katya estaban entre los que habían venido. Esperaban ahorrar suficiente dinero para comprar una casa grande en Rusia central.

Papá le había contado sobre sus primeros días en la región de Kolyma, cuando había trabajado erigiendo postes de luz a lo largo de la ruta construida por los prisioneros, desde Magadan, la capital, hacia el extremo norte de la región.

—De vez en cuando, cuando excavábamos huecos para poner postes encontrábamos una calavera. Cada calavera tenía un orificio de bala en la frente —dijo el papá.

—¿Cómo sucedió eso? —había preguntado Katya, con los ojos muy abiertos.

—Si un prisionero estaba demasiado enfermo o débil como para trabajar, le disparaban y lo enterraban al costado del camino.

La fábrica le recordaba a Katya la historia de su padre, y cada vez que tenía que pasar cerca de ella caminaba un poquito más rápido.

La familia de Katya vivía en una de las muchas barracas que se habían usado para alojar a los prisioneros. En cada barraca vivían cuatro familias y cada familia tenía una entrada separada. Katya y sus padres tenían una pequeña habitación, un pasillo estrecho y una pequeña cocina. El baño de madera estaba ubicado afuera, a unos nueve metros de las barracas, y no tenía calefacción.

Una mañana, cuando Katya abrió la puerta para salir, vio una pared de nieve que bloqueaba la salida. Esto solía suceder en invierno, y era su trabajo sacar la nieve. Con un suspiro levantó la pala que estaba en un rincón.

La nieve llegaba hasta la mitad de la casa y se había formado un ventisquero que hacía una curva y llegaba hasta el techo. Cuando Katya hundió la pala en el montón de nieve, colapso, enviando una lluvia de nieve al pasillo alrededor de ella. Comenzó a lanzar paladas de copos de nieve por sobre la nieve que todavía tapaba parte de la entrada.

Cuando había despejado un pequeño espacio directa-mente enfrente de la puerta, se paró sobre ese espacio y comenzó a despejar otro escalón un poquito más arriba de donde estaba parada. Continuó trabajando de esta forma hasta que había excavado una serie de escalones desde el pasillo hasta la parte superior de la sólida cubierta de nieve. Era casi como un túnel, con nieve a los dos lados de los escalones.

Para cuando terminó se tuvo que apurar para llegar a la escuela a tiempo. Llegó al patio de la escuela con solo unos minutos de sobra. Justo cuando estaba cruzando el patio, una bola de nieve se estrelló contra su rostro. La bola de nieve tenía hielo en el medio, así que le dolió. Tocándose la mejilla que le ardía con su mano enguantada, Katya miró a su alrededor.

Boris, un niño de su curso, estaba de pie sonriéndole burlonamente. Katya había estado tratando de no meterse en peleas para poder ser reclutada por los Pioneros, pero esto fue demasiado. Voló hasta Boris con furia, y lo comenzó a golpear con sus puños y pies. Los otros estudiantes lo; rodearon, mirando.

—¡Ayuda! —gritaba Boris—. ¡Sáquenmela de encima!

Pero nadie se movió. Sabían lo bien que podía pelear Katya, y no querían darle ocasión de que se enoje con ellos.

De repente Katya sintó un tirón en su cuello; alguien la estaba apartando de Boris. Al principio luchó un poco, pero luego escuchó la vez severa de Galina Stepanovna, su maestra.

— ¡Katya! ¡Detente! —Katya quedó instantáneamente sin fuerzas y Stepnanovna la dejó caer—. Hoy te quedarás después de clases —ordenó la maestra—. Llamaré a tus padres. Ahora, ve a clase.

Ese fue un día miserable. Hora tras hora se le hacía imposible a Katya prestar atención en clase. En lo único que podía pensar era en que debía comparecer ante sus padres después de la escuela.

Finalmente llegó el momento temido. Los otros niños ya se habían ido cuando llegaron los padres de Katya. Ella estaba en su pupitre, evitando sus miradas, mientras sus padres tomaron asiento a un lado de la maestra.

—¿Qué haremos contigo, Katya? —preguntó la maes-tra—. Habla —la apuró cuando Katya no contestó nada.

—No lo sé, Galina Stepnanovna —susurró Katya.

—Es la segunda vez en esta semana que tengo que llamar a tus padres a mi oficina por tu mala conducta. Y fueron tres veces la semana pasada. Y dos veces la semana anterior. Cada semana tus padres vienen a verme. Los estoy empezando a conocer mejor que a mi propia familia.

—Pero Boris...

—Boris está castigado —dijo Stepanovna—. Yo sé que él se portó mal. Pero tu reacción estuvo fuera de lugar. ¿Eres consciente de lo fuerte que le pegaste?

Katya sacudió su cabeza.

—Si lo hubieras golpeado en un órgano vital podrías haberle causado un daño grave.

—Lo siento —murmuró Katya.

—Siempre lo sientes —dijo Stepanovna. Su voz era dura—. Has avergonzado a tus padres. Dejaré que ellos te castiguen.

Katya comenzó a temblar. Sabía cuál sería el castigo.

Efectivamente, apenas llegaron a la casa, vio que su papá se quitaba el cinto.

—Katya —dijo severamente—, quítate el abrigo y acuéstate sobre tu cama.

Conteniendo las lágrimas, Katya fue hasta el rincón donde estaba su cama plegable. Se sacó el abrigo y se acostó sobre su estómago. Escuchó al cinto silbar en el aire justo antes de sentir el ardor. Se había preparado mentalmente, pero se sobresaltó de todas formas. No lo podía evitar. ¡Dolía tanto!

Una y otra vez el cinto azotó su cuerpo. Al fin la mamá exclamó:

—Anatoly, seguramente ya es suficiente.

Pero Papá azotó el cinto en su dirección, y Katya oyó el grito de mamá por encima del retumbar de su corazón.

—Yo diré cuándo es suficiente, Támara —gritó el papá, su rostro rojo por el enojo. Finalmente se detuvo, jadeando por el esfuerzo.

—Ve a dormir —ordenó.

Haciendo lo mejor que podía para ahogar sus sollozos, Katya se puso de pie, y lentamente armó su cama. En el otro extremo de la habitación, Mamá estaba llorando suavemente. Katya se acostó con cuidado. Estaba adolorida. Estaba muy adolorida.

¿Por qué papá tiene que ser tan malo? Se preguntaba. Deseaba tener un papá que fuera amable con ella. Uno que le hiciera sentir que en realidad la quería.

Pero al día siguiente en la escuela Katya pudo olvidar la paliza de la emoción que sintió por los jóvenes Pioneros. Los niños de su curso cuchicheaban entusiasmados mientras estaban de pie frente a las fotos de Vladimir Lenin Josef Stalin que colgaban en la entrada de la escuela.

Lenin, especialmente, era reverenciado como el líder de los bolcheviques, quienes, durante la Revolución Rusa de 1917, habían tomado el control del gobierno zarista. Fue el primer primer ministro de la Unión Soviética. Stalin lo había sucedido en el cargo de primer ministro cuando Lenin murió.

Ambos hombres habían sido brutalmente crueles, pero ahora ese aspecto se minimizaba, y eran admirados por su liderazgo en el país. Stalin había sido denunciado por el primer ministro Nikita Khrushchev en 1956, pero un aura mística, casi dorada, todavía rodeaba su nombre.

Se le había enseñado a los niños a considerar a los dos hombres como héroes. Ahora miraban con veneración las fotos de esos dos líderes legendarios. Todos murmuraban la palabra "Pioneros". Este era el día en que se revelarían las listas.

Los Jóvenes Pioneros eran algo similar a los Boy Scouts o Conquistadores. Pero era la segunda de tres organizaciones instaladas para entrenar a los niños para que sean buenos ciudadanos del Partido Comunista. A los 7 años Katya y todos sus compañeros se habían unido

a la primera organización: los Oktyabryata o Pequeños Octubristas (una referencia a la Revolución Rusa).

Se requería la afiliación a estas dos organizaciones en la URSS, pero se demandaba más de los Jóvenes Pioneros. Cada Pionero tendría la responsabilidad de enseñar cómo ser un buen ciudadano a una célula de cinco Pequeños Octubristas. Por eso, los niños tenían que comportarse de la mejor manera posible para ser reclutados como Pioneros.

Cada Pionero usaba con orgullo una insignia con una estrella roja. En el centro de la estrella había una imagen de Lenin de niño. Usar la insignia era un motivo de orgullo. La insignia significaba que el niño era parte de la comunidad. Todos tenían una. Pero como el reclutamiento era una señal de buena ciudadanía y aceptación, un niño que no se comportaba bien era humillado al tener que esperar la segunda ceremonia un mes más tarde.

El tercer paso era la Unión Comunista Leninista de Juventud de Toda la Unión, mejor conocida como la Komsomol. Aunque esta organización no era de afiliación obligatoria, casi todos se unían a los catorce años. De hecho, solo los miembros, o Komsomolets, tenían oportunidades de cursar estudios superiores y conseguir una buena profesión.

En ese momento los niños vieron a Galina Stepanovna salir de su oficina con las listas en sus manos. Se tomó su tiempo para pegar las listas en las paredes. Tan pronto como se cerró la puerta de su oficina tras ella, los niños se adelantaron rápidamente para buscar sus nombres.

Casi sin aliento Katya le dio un vistazo a la primera página, luego a la segunda. Con un sentimiento de desazón en la boca del estómago, leyó cuidadosamente cada nombre de la tercera página. Luego volvió y leyó lentamente las primeras dos páginas. Su nombre no estaba allí.

Al encontrar los otros niños, uno tras otro, sus nombres en las listas gritaban y chillaban de emoción. Katya esperaba que no notaran su silencio. Se alejó de la multitud caminando lentamente hacia atrás, y luego se dio vuelta. Fue rápidamente hasta el baño y se escondió en uno de los cubículos hasta que sonó la campana que llamaba a clases.

Al reunirse con los otros estudiantes, trató de sonreír y actuar como si todo estuviera bien. Vio varios niños que se veían muy apesadumbrados. Boris era uno de ellos. ¡Así que él tampoco iba a recibir un pañuelo de Joven Pionero! De alguna forma, la hacía sentirse peor saber que estaba en el mismo grupo que él y sus amigos. Ellos realmente eran malos. Ella era solo un poquito mala.

La noche de la ceremonia de iniciación llegó. Katya no quería ir, pero se requería que todos los estudiantes estu-vieran allí. Se sentó en la sala de reuniones con su madre, tratando de hacerse invisible. Miró cómo los niños felices de su clase formaban una fila en la plataforma, mirando a la audiencia. Sus rostros brillaban con orgullo.

El contraste entre ellos y ella hacía que Katya se sintiera aún más avergonzada. Todos en el poblado sabían cuan malos eran Boris y sus amigos. Casi todos habían tenido problemas con esos niños. Ahora, pensó Katya, la gente va a pensar que soy como ellos.

Galina Stepanovna dio un discurso acerca de las glorias del comunismo, pero Katya no escuchó casi ninguna palabra. Estaba tratando de no llorar. El momento dorado se había convertido en cenizas. La humillación era casi más de lo que podía soportar.

La banda comenzó a tocar el himno nacional, y la audiencia se puso de pie. Un Pionero se acercó a cada recluta, quitó la insignia de Oktyabryenok, y la reemplazó por el pañuelo rojo de los Pioneros, atando el pañuelo meticulosamente de la forma especial.

Desde ese momento, los nuevos jóvenes Pioneros usa-rían los pañuelos rojos cada día en la escuela. Habían probado ser suficientemente buenos. Ellos pertenecían.

Todos ovacionaban y aplaudían. Las lágrimas corrían por las mejillas de los padres orgullosos por toda la sala. Katya miró de reojo a Mamá. Estaba aplaudiendo a los niños que estaban en el escenario. No miró a Katya ni dijo nada que la lastimara. Sin embargo, Katya sentía el peso de la decepción de su madre.

Tan pronto hubo terminado la ceremonia, Katya se alejó imperceptiblemente de su madre y se escondió en el baño de las niñas hasta que llegó la hora de irse. No quería que nadie la viera sin el pañuelo rojo.

Durante las siguientes semanas, cuando no estaba en clases, Katya se escondía en el baño. No se metió en más problemas. ¿Cómo podría haberlo hecho? Escondida en un cubículo del baño no podía pelearse con nadie.

Finalmente se celebró la segunda ceremonia de Pioneros. Fue más pequeña, y hubo menos ovaciones y menos aplausos. Mamá le sonrió desde la audiencia, pero no era lo mismo. Era inferior.

Katya, en realidad, no era parte.

Capítulo 4

"¡La religión es peligrosa!"

Sentada en su pupitre, Katya miraba la imagen chistosa en su libro de historia. Mostraba a un hombre sosteniendo un palo grande sobre su asno. Evidentemente estaba por golpear al animal. El asno tenía la boca abierta y su cabeza en dirección al hombre. Bajo la imagen estaban las palabras: "Uno de los mitos de la Biblia. Esta es una fábula acerca de un hombre con un asno que hablaba".

Los niños rieron al ver la página.

Grigori levantó su mano.

—Galina Stepanovna, ¿hay alguna cosa cierta en la Biblia?

—Por supuesto que no —se burló Luda sin levantar su mano—. La religión es la droga de las masas —recitó.

—Bien. Está muy bien, Luda —dijo Galina Stepanovna—. Me alegra ver que aprendiste la lección. Como todos sabemos, Dios no existe. Dios es un invento, como el resto de los mitos bíblicos. Los sacerdotes usaron el mito de Dios por muchos años para evitar que los trabajadores se sublevaran y rompieran sus vínculos.

—Este supuesto Dios no ayudó a los trabajadores cuando estaban luchando bajo las cargas que los zares y los terratenientes ponían sobre sus hombros, ¿o sí?

—Nooo —canturrearon los niños al unísono, sacudiendo la cabeza.

—Bien —dijo la maestra—. ¿Quién liberó a los traba-jadores?

—El Partido Comunista liberó a los trabajadores —co-rearon los niños.

—Y recuerden que la religión no solamente es falsa. Es peligrosa. Es mucho peor que una droga —advirtió. Los niños prestaron especial atención. La mayoría había oído sobre religión, y algunos de ellos, como Katya, incluso tenían abuelos religiosos. Pero ninguno de ellos sabía mucho sobre creencias religiosas.

—Todas las religiones son sectas. Por supuesto, hay algunas personas depravadas que no quieren aceptar que Dios no existe. Inventan un Dios y luego se involucran en prácticas indecentes —continuó la maestra solemnemente—. Algunas veces roban niños.

Los estudiantes dieron un grito ahogado de horror. —Es cierto. Lamento asustarlos —continuó—, pero debo decirles estas cosas por su propio bien, para que sepan cómo protegerse a sí mismos.

No dijo lo que le sucedía a los niños robados, pero lo dejó a la vivida imaginación de los estudiantes. Luego les dijo que podían retirarse. Katya estaba muy pensativa al salir de la escuela. La maestra tenía razón, por supuesto. Katya nunca pensaría en cuestionarla. Pero ¿dónde dejaba esto a baba Katya? Baba Katya no era mala, y ella creía en Dios. De hecho, creía que Dios castigaría a los incrédulos como Galina Stepanovna.

La cabeza de Katya comenzó a dar vueltas. No sabía qué pensar. Se salvó de seguir exprimiéndose el cerebro por el asunto cuando Marina y Luda la llamaron.

— ¡Katya, Katya! —gritaron sus amigas mientras corrían para alcanzarla. Katya se detuvo y las esperó.

—Vayamos al cementerio y miremos las imágenes de las personas enterradas allí—sugirió Marina.

—Está bien —dijo Katya—. Pero vayamos a casa primero, así podemos esquiar hasta el cementerio.

Así que las niñas se apuraron a llegar a sus casas y se sujetaron los esquís de fondo. Se encontraron y se dirigieron al cementerio.

—¿No fue horrible lo que nos dijo Galina Stepanovna esta tarde? —preguntó Marina—. ¿Escucharon alguna vez cosas tan terribles? — ¡Nunca! —gritó Marina.

—En realidad yo sí —dijo Katya—. ¿Se acuerdan de mi baba Masha, la que vivía en Karamken?

—Mmmm. Creo que sí —musitó Luda—. La madre de tu madre, ¿cierto? Ella solía cuidarte. Sí, me acuerdo de ella. De paso, ¿qué le pasó?

—Se mudó a Rusia central, a la región deTambov.

—Ah. Era tan anciana que pensé que podría haber fallecido —comentó Marina.

—No es tan anciana como parece —le dijo Katya—. Ha tenido una vida difícil. Pero en realidad casi murió. Casi la mataron un par de veces.

Los ojos de las otras niñas se agrandaron.

—Cuéntanos sobre eso —demandaron.

—Bueno, una vez hubo una hambruna, y...

—El Partido Comunista ha solucionado el problema de las hambrunas. Ahora todos los rusos tienen suficiente para comer —repitió la fiel Luda.

—Sí, bueno, esto sucedió antes que eso. Alguien trató de matarla para comerla.

— ¡No! —las amigas de Katya se horrorizaron.

—Sí, pero eso no es lo que quería contarles. Una vez se interesó en la religión...

— ¡Ooooh! Eso fue una mala idea —interrumpió

Luda—. No solo fue peligroso, sino también desleal a la Revolución.

—Cállate, Luda. Déjala contar la historia —ordenó Marina.

—Bueno, pronto aprendió la lección —dijo Katya rá-pidamente, queriendo detener las críticas a su querida babushka.

—Asistió a unas reuniones de una secta por un tiempo, y tuvo una experiencia similar a lo que nos contó Galina Stepanovna.

—¿Qué sucedió? —preguntó Marina impacientemente.

—Bueno, eran una especie de secta.

—Todas las religiones son sectas —recitó Luda.

—De cualquier forma, estas personas trataron de matarla como un sacrificio —dijo Katya—. A duras penas pudo escapar con vida.

La boca de Marina formó una gran O.

—Eso es incluso peor que las cosas que estaba diciendo Galina Stepanovna.

—Lo sé —dijo Katya—. Me asusta.

—A mí también —dijo Luda—. Estoy feliz de ser leal a Lenin y a la Revolución Rusa. Nunca me metería con la religión —sacudió su cabeza—. De cualquier manera, no tengo tiempo. Tengo que aprender la historia y los principios del Partido Comunista para poder unirme al Komsomol. Quizás podríamos estudiar juntas —sugirió.

—Seguro —dijo Marina.

—Tal vez —dijo Katya, con la mente en otro lugar.

—¿No quieres ser miembro del Komsomol? —demandó Luda.

—Por supuesto —exclamó Katya pasmada—. Quiero ir a la universidad, y quiero obtener un buen trabajo. Eso es imposible a menos que sea miembro del Komsomol.

—Pero los Oktyabryata y los Pioneros son obligatorios. El Komsomol no lo es —advirtió Marina mirándola de costado—. Tienes que saber mucho, y tu conducta debe darle honor al partido.

Katya se puso colorada. Sabía que su amiga se refería a su ceremonia de Pioneros pospuesta. Sabía que su conducta debía mejorar, pero, sin importar cuánto intentara, simplemente no podía ser buena.

Las niñas caminaron en silencio los últimos metros hasta el cementerio.

Allí vieron fila tras fila de grandes estrellas rojas de la revolución hechas en piedra, que marcaban las tumbas. Muchos familiares habían puesto fotos de sus amados en las estrellas.

Las niñas corretearon por el lugar, leyendo los epitafios.

—Oh, miren este —exclamó Marina—. El epitafio dice que él fue un buen comunista, leal a Lenin, a Stalin y a la revolución. Murió en la Segunda Guerra Mundial.

—Sigue viviendo en los gloriosos logros del Partido Comunista —leyó pensativamente.

—Mi baba Katya dice que hace mucho tiempo las tumbas eran marcadas con cruces —observó Katya.

Miró de reojo para ver cómo tomaría Luda su comentario.

—Sí, en los días en que los sacerdotes mantenían a la gente drogada con la religión —dijo Luda desdeño-samente.

—Las iglesias ortodoxas tienen cruces doradas en la parte superior, hasta el día de hoy—dijo Marina.

—Creo que la estrella roja se ve mucho más linda. ¿No crees? —desafió Luda, recorriendo con su mano la punta de un monumento en forma de estrella.

—Desde luego —dijo Marina.

—Oh, sí, por supuesto —agregó Katya—. La estrella roja es mucho mejor. Conmemora el verdadero sacrificio y la lucha honorable.

Era la respuesta correcta. Luda se alegró y cambió de tema.

—Katya, ¿vas a unirte al club de esquí de fondo? —pre-guntó.

Katya se agachó para examinar otra foto ovalada cubierta con plástico duro. El soldado había sido joven y hermoso.

—¿Y tú? —preguntó Katya.

—¡Sí! —dijo Luda entusiasmada.

—Yo también —añadió Marina—. Es cerca de la escuela. Y ¿no es el entrenador amigo de tu padre, Katya?

—Sí, Yuri Mikhailevich y mi padre han sido amigos por mucho tiempo. Aun así... dejó que la palabra sea arrastrada por el silencio. Unirse a un club dirigido por un amigo de su padre, ¿haría su vida mejor o peor?

—Vamos. Tú esquías tan bien.

Marina agregó el argumento decisivo:

—Todos nuestros compañeros de curso se van a unir. No querrás ser la única que no forme parte, ¿verdad?

—Está bien —dijo Katya—. Supongo que podría unirme. De cualquier forma, no hay mucho para hacer. Con seguridad no quiero hacer lucha ni ballet.

Y así fue como Katya asistió a la siguiente reunión del club de esquí. El club proporcionaba los equipos para los niños, y Yuri Mikhailevich se aseguró de que Katya tuviera lo mejor que había. Ningún equipo era genial, pero el de Katya era el más nuevo; o quizás sería mejor decir el menos viejo.

Enceró sus esquís meticulosamente, de la forma en que papá le había enseñado, y luego se deslizó velozmente por la nieve.

Yuri Mikhailevich estaba de pie mirando a los esquiadores y gritando instrucciones.

—Baja los brazos, Grigori, te estás balanceando. Así es mejor.

— ¡Luda! Inclínate más hacia adelante, y afloja tu postura.

—No te preocupes, Alexei, caerse es normal. Levántate y hazlo de nuevo.

—Katya, mueve tus brazos desde los hombros, no desde los codos. Los músculos de tu espalda y hombros son más fuertes que los de tus brazos. Deja que los músculos grandes hagan la mayoría del trabajo.

La técnica de esquí de Katya mejoró rápidamente, y con eso su disfrute de esquiar. Descubrió que era muy veloz en el terreno plano. Cuando los niños progresaron para hacer carreras cortas, Katya comenzó a disfrutar aún más porque generalmente era la ganadora. Le ganaba incluso a los varones. Esquiar con sus compañeros era divertido. Estaba feliz de haberse unido al club.

Entonces, un día en el que el sol estaba brillando cálido y dorado, cuando volvía de la escuela a su casa vio charcos de nieve derretida por todo el pueblo.

Cuando llegó a las viejas barracas, pudo escuchar a Hipka aullando desde su lugar en el pasillo estrecho. Rá-pidamente abrió la puerta y Hipka salió disparado hacia afuera, sacudiéndose y rociando agua mientras corría.

Como la nieve estaba apilada por sobre la casa, el agua corría cuesta abajo, por debajo de la puerta y dentro del pasillo. Automáticamente Katya fue a la cocina y buscó un recipiente de metal. Con eso sacó el agua, lanzándola hacia afuera a un costado de la puerta hasta que se hundió en la suave nieve.

No habría clases mañana. Todo el poblado estaría inundado. La primavera había llegado a la tundra.

La primavera y el verano eran momentos cansadores para Katya. El temperamento de papá no mejoraba sin importar cuánto dinero hicieran con el invernadero familiar. Demasiadas veces Katya sentía el latigazo de su cinto de cuero. Deseaba alejarse de allí. ¿Por qué no podía tener una familia amorosa?

Cuando la escuela comenzó de nuevo, Katya estaba feliz de poder estar fuera de casa todo el día, pero des-afortunadamente siguió metiéndose en problemas. Eso significaba castigos, tanto en la escuela como en la casa. Sin importar cuánto lo intentara, no podía ser buena.

El siguiente invierno el club de esquí se mudó al otro extremo del poblado. Katya tenía que caminar mucho para llegar a las reuniones. Solía detenerse en la casa de Luda, y las dos caminaban juntas. Con el tiempo, Katya descubrió que su interés menguaba, a pesar de las carreras.

Una tarde, cuando llegó a la casa de Luda, su amiga no estaba lista.

—Dame sólo unos minutos —gritó Luda—. Estaba jugando con mi muñeca, y tengo que guardarla.

Los oídos de Katya se aguzaron.

—¿Muñeca?

—Sí. Sé que con once años soy un poco grande para jugar con muñecas, pero mi babushka me acaba de enviar una nueva, y me gusta jugar con ella. ¿Te gustaría verla?

-¡Sí!

Katya había pasado los primeros años de su vida usando ropa de varón y jugando juegos de varones. Hacía poco tiempo que había descubierto su lado femenino, y jugaba casi frenéticamente con muñecas. Mamá bromeaba diciendo que Katya estaba tratando de recuperar el tiempo perdido.

Katya dejó caer sus esquís fuera de la puerta, y pronto las dos niñas estaban tan absortas en su juego que olvidaron el tiempo. Después de un buen rato Katya levantó la vista y cuando vio el reloj, se paralizó.

— ¡Luda! —exclamó asustada, parándose de un salto—. Mira la hora. Nos hemos perdido la reunión del club de esquí. ¡Papá me va a matar!

Capítulo 5

La primera gran competencia

Luda agarró el brazo de Katya mientras Katya se apuraba por salir.

—Siéntate de nuevo. Si esperas veinte minutos más, la reunión de esquí terminará. Puedes ir a casa entonces, y tu padre nunca sabrá que no estuviste en la reunión.

Katya se sentó lentamente. Esperaba que Luda tuviera razón.

Cuando Katya llegó a su casa, comenzó a limpiar y encerar cuidadosamente sus esquís como si hubiera estado corriendo sobre ellos durante las últimas dos horas.

—¿Cómo estuvo la reunión del club de esquí, Katya? —preguntó el papá.

—Estuvo bien —dijo Katya, tratando de sonar entusiasmada.

—¿Ganaste alguna carrera? —preguntó mamá.

—Sí, gané cada carrera en la que participé. Era gracioso ver los rostros de los varones cuando les ganaba.

Katya se rió, y sus padres también.

El corazón de Katya latía fuertemente. Esperaba que sus respuestas satisfacieran a sus padres. Eviden-temente las respuestas fueron suficientemente buenas porque la mamá y el papá volvieron a sus lecturas y la dejaron sola. Tan pronto como pudo, Katya se metió en su cama y fingió estar dormida.

¡Estaba a salvo!

Después de eso, a menudo faltaba a las reuniones del club para jugar con Luda. Papá nunca se dio cuenta, y Katya se olvidó lo que era estar asustada.

Pero una noche, cuando volvió a su casa, el papá la estaba esperando con su cinto en sus manos.

A Katya se le hizo un nudo en el estómago.

—Vi a Yuri Mikhailevich hoy—dijo el papá—. Me dijo que lamentaba que no disfrutaras el club de esquí lo suficiente como para ir a todas las reuniones.

Katya agachó la cabeza. Su garganta estaba tan seca que no podría haber hablado ni siquiera si su vida hubiera dependido de eso. A la orden del papá caminó silenciosamente hasta su cama en la esquina y se acostó sobre su estómago.

Fue la peor golpiza que el papá le había dado alguna vez. Esta vez usó el extremo con la hebilla. Cuando finalmente se detuvo, Katya presionó su rostro en la almohada para ahogar sus sollozos y murmuró:

— ¡Odio a papá!

Pasó mucho tiempo hasta que los moretones se sanaron.

Se alegró cuando llegó el verano, porque entonces podía ir al campamento de entrenamiento. Ese verano el entrenador de Katya era Dimitri Vasilevich.

Por supuesto, no había forma de usar los esquís co-munes en verano. Los niños hicieron una fila frente a la cabaña del entrenador, ansiosos por ver qué había planeado. La puerta se abrió, y Dimitri Vasilevich salió llevando unos artefactos extraños que parecían ser esquís con ruedas.

—¿Ruedas, Entrenador? —preguntaron los niños.

—Ruedas —confirmó—. Correrán por las calles sobre estos para poder mantenerse en forma para las competencias. Sin embargo, estos no requieren tanto esfuerzo, y si dejan que sus piernas holgazaneen, no podrán aprovechar al máximo sus esquís sobre la nieve. Deben asegurarse de esquiar sobre estos esquís rodantes como lo harían sobre esquís para nieve: con impulsos rápidos y hacia abajo.

Junto con los otros campistas, Katya se apuró a sujetarse los nuevos esquís rodantes. Puso sus bastones en posición, y empujó. El entrenador Vasilevich tenía razón: esto era más fácil que esquiar sobre nieve. Siguió su consejo y le dio el mismo fuerte impulso a los esquís rodantes que el que siempre le daba a los esquís en la nieve.

Los estudiantes fluían por el camino, siguiendo al entrenador. El relieve del campamento era un poco más accidentado que el de su casa, que era casi total-mente plano.

—Tienen que aprender a andar cuesta arriba y cuesta abajo —explicó el entrenador mientras se deslizaba junto a ellos—. La mayoría de las competencias de es-quí de fondo incluyen por lo menos algunas colinas.

No todos los compañeros de curso de Katya estaban en el campamento. Algunos no estaban interesados en esquiar en competencias. Katya sentía lástima por ellos. No tenían idea de la diversión que se estaban perdiendo. Ellos tenían que quedarse en la casa y estudiar la historia soviética para poder convertirse en miembros del Komsomol y tener una buena profesión. Pero Katya estaba segura de que no había ninguna profesión mejor que esquiar.

Los niños que asistían al campamento tenían tres sesiones de entrenamiento por día, seis días a la semana, deslizándose por muchos kilómetros en los caminos.

Por supuesto, no todo era trabajo. En las tardecitas los campistas disfrutaban asustándose unos a otros con historias de fantasmas. Parecían tener una reserva inagotable. Y se hacían bromas unos a otros. Una noche desparramaron pasta dental en los rostros de los compañeros dormidos. Otras veces les escondían la ropa. Las víctimas se enojaban al principio, pero pronto se unían a las risas, y se vengaban haciendo travesuras ellos mismos. Katya fue una de las que despertó con pasta dental en el rostro.

Entonces, una tarde, Katya se acercó a una niña llamada Svetlana.

—Sveta, tienes un cabello hermoso —le dijo—. ¿Dónde te hiciste la permanente?

Sveta sacudió su cabello brillante, hermosamente ondulado.

—La hice en la peluquería del pueblo. Te llevaré, si quieres.

— ¡Oh, sí! ¡Por favor! —dijo Katya entusiasmada.

Así que la siguiente vez que los campistas fueron al pueblo, Sveta la llevó a la peluquería.

—Arregla su cabello como el mío —le dijo Sveta a la mujer que dirigía el negocio.

Katya se sentó con muchos nervios en la silla y trató de estar lo más quieta posible mientras la peluquera lavaba, ondulaba y trataba su cabello. Era difícil esperar, ¡y esos químicos olían terriblemente mal!

Katya sujetó fuertemente la toalla que mantenía su cabello y los químicos alejados de su rostro.

—¿Ya es hora? —preguntó—. ¿Podemos enjuagarlo? —Buenooo —respondió la peluquera lentamente—. Creo que depende de cuan ondulado quieres el cabello. —Oh, lo quiero muy ondulado —dijo Katya—. Dejémoslo por unos minutos más. ¿No crees, Sveta? Sveta estuvo de acuerdo.

Finalmente las niñas creyeron que había pasado suficiente tiempo. La peluquera desenrolló los ruleros y enjuagó bien el cabello de Katya. Katya se miró en el espejo y sostuvo un mechón de cabello frente a su rostro para mirarlo más de cerca.

—¿Se va a ver mejor cuando esté seco? —preguntó detenidamente.

—Oh, sí —le aseguró la peluquera—. Pero recuerda que no puedes lavarlo por tres días.

Esa noche, cuando Katya se acostó, soñó que tenía un cabello hermoso.

A la mañana siguiente corrió ansiosamente hasta el espejo. ¡No podía ser! Su cabello parecía una pila de paja marrón, con puntas encrespadas y desparejas. Quizá tenía que peinarlo. Pero para su sorpresa, cuando comenzó a peinarlo, mechones enteros de cabello se cayeron en montones al suelo.

—¿Qué sucede con mi cabello? —exclamó.

Mientras las otras niñas llegaron corriendo, Katya pasó sus dedos por su cabello. Estaba quebradizo.

—¡Oh, no! —dijo Sveta—. Lo dejamos demasiado tiempo. Tu cabello se quemó. Oh, Katya. Lo siento tanto.

Katya se dio vuelta y miró a su amiga. Sveta se estaba disculpando. Nadie jamás le había pedido perdón a Katya. Ella siempre tenía la culpa. Miró a su alrededor al grupo de niñas que la rodeaban. Todas se veían compasivas.

Ana agarró las tijeras.

—Ven. Siéntate, Katya, y voy a cortar el cabello dañado. No te preocupes, crecerá de nuevo.

—Sí —dijo otra niña—. En un par de meses, nadie notará que pasó algo.

—Además, un estilo más corto será más fresco —la tranquilizó una tercera niña.

Katya terminó con un estilo realmente corto. E incluso así tenía que mojarlo para que no se parara por toda la cabeza como un oduvanchik (diente de león). Pero cuando las niñas salieron para encontrarse con el resto del grupo, nadie comentó nada sobre su cabello dañado. Hasta el entrenador lo ignoró.

A pesar de este desastre, Katya se sintió bien. Por primera vez en su vida se sintió verdaderamente aceptada. Atesoró en su corazón el pensamiento de la amabilidad y el buen humor de todos. Estaba feliz de haber venido al campamento de entrenamiento.

Después de un par de semanas más de entrenamiento, Katya volvió a la peluquería, donde le hicieron algunos arreglos para que no tuviera que mojarse el cabello todo el tiempo para mantenerlo presentable.

Entonces terminó el entrenamiento, y los esquiadores recibieron unas vacaciones en el Mar Negro. ¡Qué recompensa maravillosa por todo el trabajo duro! El clima templado le hizo acordar a Katya los veranos en Ucrania, en la casa de baba Katya. A Katya le encantaba nadar en el mar y jugar juegos con sus amigos en la costa.

Las vacaciones terminaron demasiado pronto, y los campistas volvieron a sus casas. Cuando el club de esquí comenzó de nuevo ese invierno, el entrenador Vasilevich tenía noticias emocionantes.

—Niños, este año van a ir a competir en una carrera de esquí de fondo con varios otros colegios. Ahora deben hacer más que solo esquiar. Deben entrenar.

—Pensé que eso es lo que estábamos haciendo —dijo Katya.

—Oh, no —le aseguró el entrenador—. Todavía no saben lo que es entrenar. Pero están a punto de aprender. Después de eso, los hizo trabajar más duro que nunca. Practicaron patinar sobre sus esquís para mejorar su técnica. Practicaron con dos bastones, con un solo bastón, e incluso sin bastones, para aumentar su fuerza. Y jugaron muchas carreras entre ellos.

Las semanas pasaron rápidamente y cuando llegó el día de la competencia, Katya sabía que estaba en su mejor momento. Su grupo llegó al lugar de la carrera en el poblado cercano de Palatka y salieron atropelladamente del autobús, mirando con entusiasmo para todos lados: las banderas, las tribunas y toda la gente. Muchos de los niños nunca habían estado en un poblado tan grande o visto tanta gente en un solo lugar. Katya fue a mirar el recorrido, que estaba situado en la cima de una colina. Se sujetó los esquís y comenzó una carrera de práctica. La pista era plana, estaba bien cuidada y, salvo un par de giros, era muy fácil.

A la hora de la carrera los esquiadores se adelantaron hasta el punto de partida. Había tantos jovencitos que estaban todos apretados. Katya se encontró en el medio del grupo. Comenzó a hacerse lugar hacia afuera del grupo compacto de esquiadores, buscando cómo poder maniobrar.

Se hizo el disparo de salida, y con un fuerte choque de esquís y bastones, los corredores comenzaron la carrera. Algunos se cayeron inmediatamente, y Katya tuvo que hacer un par de curvas cerradas para evadirlos. Continuó moviéndose hacia el costado de la pista. Finalmente pudo clavar los dos bastones y empujar con fuerza.

Ahora estaba como pez en el agua. Mantuvo sus caderas bien hacia adelante y sus rodillas sueltas. Empujó desde los hombros, y sus zancadas se hicieron más largas cuando sus esquís entraron en la pista y ella encontró su ritmo.

Los espectadores formaban una línea al lado del camino. Gritaban palabras de ánimo a los esquiadores y golpeaban ollas con cucharas de metal, pero Katya no les prestaba atención.

Sacó todo de su mente y se concentró en mantener su velocidad. Clavaba los dos bastones, sus brazos estaban flexionados en un ángulo constante, y el peso de su tronco superior caía sobre los bastones. Zancada tras zancada aumentó la velocidad. Al poco tiempo había muchas menos personas en la pista.

Cuando llegó a la primera curva, agachó su cuerpo hasta que estaba medio sentada. Con sus brazos abajo y bien frente a ella, presionó la parte de atrás de sus esquís, levantó la punta de su esquí izquierdo y empujó con su bastón derecho. Girando el torso hacia la izquierda, giró su tobillo derecho hacia adentro y empujó con fuerza con su pierna derecha, mientras al mismo tiempo giraba su esquí izquierdo hacia la izquierda.

Cuando la punta del esquí izquierdo se apoyó en la nieve, llevó su brazo y esquí derechos hacia adelante. Al apoyar el esquí derecho junto al izquierdo, se impulsó con los dos bastones hacia adelante con todas sus fuerzas.

Logró el giro completo en mucho menos tiempo de lo que lleva contarlo, y pronto estaba deslizándose a toda velocidad de nuevo.

Los bastones de colores que marcaban los kilómetros comenzaron a pasar rápidamente, pero Katya se rehusó a prestarles atención. Mantuvo sus ojos y mente en la pista y en sus movimientos.

El segundo giro fue más fácil porque ahora estaba más confiada.

De repente la pista estaba llena de espectadores en los costados, y supo que estaba cerca del final. El ruido de las ovaciones, los aplausos y el estrépito de las ollas era ensordecedor luego del largo trecho de nieve silenciosa. Katya tuvo que esforzarse para ignorar a la multitud y concentrarse en sus movimientos.

Repentinamente todo terminó al cruzar la línea de llegada y detenerse. Recién allí notó las ovaciones frenéticas y los saludos de su grupo escolar, y miró a su alrededor. Solo una persona, un muchacho, había llegado a la línea de llegada antes que ella.
El corazón de Katya latió fuerte mientras miraba a los otros esquiadores llegar. Varios muchachos más cruzaron la línea de llegada antes que otra joven apareciera. Aunque los muchachos y las jovencitas corrían la carrera juntos, los puntajes eran separados. Katya sabía que había sido la primera muchacha en terminar la carrera. Pero pasaron segundos y minutos, y todavía no anunciaban a los ganadores.

Alguien tocó a Katya en el hombro, y se dio vuelta para encontrar un oficial de la carrera de pie detrás de ella.

—Ekaterina Anatolyevna —dijo, usando la versión formal de su nombre—, por favor, venga conmigo. De repente, Katya se sintió asustada. Tanta formalidad no podía ser algo bueno.

El corazón de Katya golpeaba con temor. Debía haber cometido algún terrible error. No podía pensar en qué había hecho mal, pero evidentemente estaba a punto de ser descalificada. Incluso quizás le prohibirían competir de nuevo. Justo ahora, cuando había descubierto que le encantaba.

Capítulo 6

Esquiar es más importante que la escuela

Temblando, Katya siguió al oficial de la competición hasta un cuarto lleno de otros oficiales sentados en una mesa larga. No se atrevió a mirar hacia arriba. Apenas se atrevía a respirar.

— Ekaterina Anatolyevna, tenemos un problema — dijo el hombre que estaba en la punta de la mesa. Su voz era grave.

Katya había pensado que no podía estar más nerviosa, pero ahora sintió claramente cómo el nudo en su estómago se apretaba aún más.

—Esquías tan velozmente que ninguna de las otras muchachas puede acercarse a tu puntaje. No sólo eso, sino que solamente un muchacho fue capaz de esquiar más rápido que tú. Por esto hemos decidido evaluarte, no con las muchachas, sino con los varones.

Katya levantó la cabeza rápidamente. El oficial estaba sonriendo.

—Es un placer informarte que has ganado el segundo lugar para la región, compitiendo contra todos los muchachos esquiadores.

Mientras Katya trataba de entender lo que estaba sucediendo, otro oficial hizo el anuncio a través del sistema de altoparlantes.

La multitud se enloqueció. Katya nunca había oído ovaciones tan fuertes. La gente gritó hasta que estaba afónica mientras golpeaban las ollas de metal con cucharas por varios minutos. Nadie podía escuchar otra cosa, y los oficiales tuvieron que esperar hasta que el ruido se apagara antes de poder anunciar los otros ganadores.

En el autobús, los compañeros de Katya la acosaron con abrazos, besos, palmaditas en la espalda y exclamaciones desenfrenadas. Katya supo que había encontrado su lugar. Pertenecía.

Pero algunas semanas más tarde estaba de vuelta en el invernadero de su familia, de nuevo en su tarea cotidiana de polinizar cuidadosamente las plantas. Si alguien quería tener frutas o verduras frescas en la tundra, era necesario tener un invernadero. Se tenía que plantar temprano en el invernadero para que las plantas maduren en la corta temporada de crecimiento.

Cuando mamá tenía un día libre de su trabajo como asistente de confeccionista, vendía los pepinos, tomates, frutillas y otros productos en el mercado.

Pero no podía guardarse el dinero. Papá tomaba todo lo que mamá ganaba y lo ponía bajo su litera. Él había venido a Karamken a ganar dinero, y hacía todo lo que podía para ahorrar y así volver a Rusia central y construir una casa grande. Mamá todavía usaba el abrigo que había tenido cuando se había casado con él. Estaba muy gastado ahora, muy delgado, y no era lo suficientemente abrigado, pero papá se negaba a permitirle comprar uno nuevo.

De vez en cuando, mamá lograba esconder un poquito de su dinero de papá; pero cada vez que él la descubría, la golpeaba. Ella no tenía una buena vida.

Yo quiero una vida mejor, pensó Katya, mientras se sacaba el cabello de la cara. Aunque todavía estaba muy frío afuera, el invernadero, que se mantenía caliente con braseros a carbón que se atizaban cada tres horas, estaba sofocante, a 40°C. Katya lo odiaba. Hipka también. Este era el único lugar al que se negaba a seguir a su ama.

Sopló aire sobre su rostro para enfriarlo un poquito y fue hasta la siguiente planta. Con un pincel pequeño recogía el polen del estambre en el medio de la flor. El polen brillaba como oro, pero Katya no estaba impresionada. Laboriosamente, pasó el pincel sobre el pistilo de una flor de la siguiente planta. Prefería estar afuera, esquiando por el pueblo con sus amigos.

Al menos no tendría que hacer esto por mucho tiempo más. Apenas terminara la escuela podía ir al campamento de verano de esquí otra vez. Katya estaba emocionada con la idea de volver al campamento de verano. Recordaba lo feliz que había sido el año anterior. Había disfrutado jugando y compitiendo con los otros jóvenes.

Pero lo mejor de todo era que, cuando estuviera en el campamento de verano o en competiciones, estaría fuera del alcance del cinto de su papá.

Katya escuchó unas voces, y repentinamente se abrió la puerta. Con una ráfaga de aire fresco entraron sus padres, y con ellos estaba el entrenador Dimitri Vasilevich.

—¡Entrenador! —exclamó Katya, sorprendida de verlo—. Hola.

—Hola, Katya —dijo él—. Tengo noticias para ti. Se ha observado tu desempeño en las carreras de esquí de fondo, y se han estudiado tus puntajes.

Katya se preguntaba adonde quería llegar con eso.

—Has sido invitada a unirte al equipo regional de Magadan —le dijo el entrenador con orgullo—. ¿Aceptas unirte a este equipo?

¿Le estaba preguntando si aceptaría?

—¡Sí, por supuesto! ¡Estaré feliz de unirme! —exclamó.

Desde entonces, la vida de Katya comenzó a mejorar. Pudo viajar para competir contra varias repúblicas de la URSS. Conoció a muchas personas. Con trece años de edad, era el miembro más joven del equipo, y recibía un trato especial de parte de los entrenadores. También disfrutaba de eso.

Pero, por los viajes, Katya faltó mucho a la escuela, y estaba demasiado concentrada en los entrenamientos y las competencias como para dedicarse a estudiar. Y entonces, un día, su maestra de historia le dijo a la clase:

—Recuerden, mañana tienen que entregar su investigación.

¡La investigación de historia! Katya se había olvidado por completo. Esa noche garabateó un informe. Sabía que no era bueno, pero no tenía tiempo para investigar y escribir algo mejor. Su rostro le quemaba de vergüenza cuando entregó el artículo al día siguiente.

Durante todo el día Katya hizo lo mejor que pudo para no pensar en la horrible investigación. Charló y se rió con sus amigos. Cada vez que alguien mencionaba el tema de las investigaciones de historia, Katya comenzaba a contarles anécdotas del entrenamiento de esquí de fondo y de las competencias. Todos se morían de risa con sus anécdotas chistosas.

Pero un par de días después les devolvieron las investigaciones. Katya se hundió en su asiento y trató de no llamar la atención mientras la maestra se acercaba más y más a su pupitre. De vez

en cuando, la maestra instaba a algún estudiante a estudiar más o a escribir con más cuidado. Katya tenía miedo de escuchar lo que la maestra le diría a ella.

Pero cuando la maestra la entregó el artículo a Katya, lo hizo con una gran sonrisa. Asombrada, Katya miró hacia abajo. En grandes letras, en la parte superior de la hoja, estaba escrita la palabra "APROBADO". Quedó boquiabierta, y le lanzó una mirada a la maestra. La maestra sonrió de nuevo y le dio una palmadita en el hombro.

—Estamos muy orgullosos del trabajo que estás haciendo, Katya. Le haces honor a Karamken.

Ocurrieron incidentes similares con otros profesores, y Katya se dio cuenta de que no tendría que preocuparse por estudiar y trabajar duro en la escuela. Su éxito en los esquís haría que pase.

Pero ese verano y otoño trajeron problemas inesperados. Por una lesión en la rodilla y una infección en un ojo, Katya no pudo entrenar demasiado. Como consecuencia, perdió una gran parte de la temporada (Je competencias. Sin embargo, en marzo el entrenador le sugirió que participara en la última competencia de esquí de fondo nacional de la temporada, en Magadan. Esta competencia era especialmente importante, porque cuatro de los esquiadores serían elegidos para participar en el campeonato nacional en Moscú.

Katya quería complacer a su entrenador, quien había hecho tanto por ella, así que entró a la competencia, aunque no tenía mucha esperanza de llegar a un resultado aceptable. Sin embargo, cuando se deslizó por la pista, se sorprendió de lo bien que se sentía y de lo fácil que era el recorrido.

La pista cruzaba un bosque. Katya, que estaba acostumbrada a la tundra sin árboles, se vio fascinada por los altos árboles. Aunque, como de costumbre, no se dejó distraer por los espectadores o los otros esquiadores, no pudo evitar mirar hacia arriba a los árboles majestuosos mientras se deslizaba en medio de ellos.

Tampoco pudo evitar notar que estaba pasando a muchos de los otros esquiadores. Sabía que algunos de ellos tenían clasificaciones mucho más altas que la suya, pero sus esquís parecían volar mientras se empujaba con los bastones.

Cruzó la línea de llegada entre potentes ovaciones. El entrenador corrió hacia ella y le dio un gran abrazo de oso ruso.

— ¡Has calificado, mi pequeña Katyusha! —gritó mientras le sonreía—. ¡Vas a ir a Moscú!

La cabeza de Katya daba vueltas de la sorpresa y la emoción.

En Moscú Katya superó a todos sus compañeros. De hecho, terminó tercera, compitiendo contra las mejores mujeres esquiadoras de todo Rusia. Ahora tenía esperanzas de llegar a ser una verdadera campeona.

Al año siguiente mejoró su posición en las competencias llegando al primer puesto en la región de Maga-dan. Su tiempo era igual al de los miembros del equipo nacional juvenil de Rusia. Estaba radiante. Aunque era un logro menor comparado con el Campeonato Mundial o las Olimpiadas, estaba contentísima. Ahora sabía lo que quería en la vida: medallas de oro.

El periódico local escribió un artículo sobre ella. Cuando Katya tomó el periódico y vio su propio rostro sonriéndole, estaba tan orgullosa que quería gritar. Sabía que tenía un buen futuro en esquí de fondo. No necesitaba perder tiempo preocupándose por la escuela.

Pero entonces recibió noticias alarmantes: tendría que hacer un examen de geometría que cubría tres años de trabajo. El examen estandarizado no sería corregido por una profesora de

Karamken, así que no había forma de que Katya pase el examen por su desempeño en esquí. Realmente necesitaba pasar el examen, ¡y no sabía nada de geometría!

Entrando en pánico, llamó a su amiga Galya, quien era dos años mayor.

—¡Por favor, ayúdame! Tú eres una estudiante excelente. Enséñame geometría.

—Pero el examen es dentro de un mes —protestó Galya—. ¿Cómo podrás aprender tres años de geometría en un mes?

—No lo sé, pero tengo que intentarlo —se lamentó Katya.

Durante el mes siguiente las dos pasaron cada minuto libre juntas. Katya se concentró como nunca antes en su vida.

Demasiado pronto llegó el día del examen. Katya entró nerviosa al aula y se sentó. La profesora entregó los exámenes. Katya casi no se atrevía a mirar el papel, y cuando lo hizo, deseó no haberlo hecho. Había recibido una pregunta particularmente difícil. Respiró hondo, agachó su cabeza, levantó su lápiz, y comenzó a trabajar.

Algunos días después le informaron los resultados. Casi sin respirar, Katya se acercó lentamente a la pizarra de anuncios. Rápidamente encontró su nombre y siguió la línea punteada hasta llegar al puntaje. Miró de nuevo para asegurarse de que no hubiera un error. Sí, ese era su puntaje.

Miró toda la lista dos veces. Era cierto. ¡Había recibido el puntaje más alto! Con un grito de alegría dio un giro completo. Luego corrió a buscar a Galya para darle las buenas nuevas.

Después de eso Katya realmente se convenció de que la escuela era una pérdida de tiempo. ¿Para qué pasar tres años estudiando una materia que podía dominarse en un mes? De vez en cuando se acordaba de estudiar para su iniciación como miembro del Komsomol. Después de todo, quería ir a la universidad. Pero la mayoría del tiempo estaba ocupada entrenando, compitiendo o divirtiéndose en fiestas con sus compañeros.

Un día, cuando estaba en su casa por algunas semanas, se dio cuenta de que su papá estaba hojeando un libro que ella nunca antes había visto. Había otros libros pequeños apilados en una mesa cerca de él.

—¿Qué estás mirando, papá? —le preguntó.

Él miró hacia arriba por un momento.

-La Biblia.

—¿Cómo conseguiste una Biblia? —preguntó sor-prendida. Nunca antes había visto una Biblia. Ni siquiera baba Katya tenía una.

Papá levantó su cabeza, y la miró.

—Bueno, es parte de una Biblia —dijo—. La encargué del exterior.

Entonces le contó cómo había escuchado un programa de radio cristiano en ruso por la Voz de América.

—Una vez ofrecieron una Biblia gratuita y dieron una dirección. Yo la pedí y un mes después recibí los cuatro evangelios. Esta semana llegó un paquete con las epístolas. También tengo cuatro pequeños libros cristianos.

—¿Los has leído? —preguntó Katya.

—Oh, no. Pero me gusta mirar las imágenes.

—¿Por qué querrías una Biblia, papá? —preguntó Katya—. ¿Qué tiene de importante?

Ella no había visto ningún cambio en la conducta de su papá desde que había recibido la Biblia.

—Te sirve de ayuda —dijo Papá—. Por ejemplo, sé que se acercan los exámenes finales de la escuela, y creo que no has estado estudiando demasiado para ellos, ¿cierto?

Katya agachó la cabeza.

—Bueno, toma esto —le dijo, alcanzándole una cinta—. Ahí está el Salmo 91 de un lado y una oración a un santo ortodoxo del otro lado. Léelos la noche anterior al examen y estoy seguro de que te irá bien.

Así que era eso. La Biblia era un amuleto de buena suerte.

Su primer examen era de matemáticas. La noche anterior al examen, Katya tomó la cinta con la oración y comenzó a leer: "El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente...".

Capítulo 7

El equipo se convierte en lo más importante

Para sorpresa de Katya, le fue muy bien en el examen de matemáticas. ¡Quizás esto de la Biblia y la oración servía, después de todo!

Luego llegó el examen de química. Katya se había acostumbrado a tomar el camino más fácil, así que miró la cinta de oración de papá, pero no la leyó.

Le fue bastante bien en el examen de química, pero los resultados no fueron espectaculares.

Katya decidió que sería mejor estudiar más para el examen de biología. Con su amiga Lena se quedaron toda la noche preparando el examen. Escribieron las respuestas en pedacitos de papel para que Katya los llevara escondidos y pudiera copiar las respuestas. Para cuando terminaron, estaba demasiado cansada como para pensar en la oración, menos todavía como para leer una.

Fue a rendir el examen con las respuestas de biología escondidas en las mangas, la pretina, e incluso en las medias. Pero cuando le entregaron el examen, no lo podía creer. Ni siquiera una de las preguntas tenía relación con alguna de las respuestas que había preparado.

Los resultados de su examen fueron desastrosos, y Katya estaba segura de que había reprobado porque no había orado.

Pronto tuvo más oportunidades de probar el poder de la oración. Ella y su padre tenían ideas diferentes de lo que era bueno para una muchacha de catorce años. A Katya le gustaba ir a la discoteca y salir con muchachos, pero su padre estaba decidido a evitar que hiciera esas cosas. Tenía miedo especialmente de que comenzara a fumar, y se dedicó a eso en su forma acostumbrada: con violencia.

—Si descubro que estuviste fumando ¡te cortaré los labios! —le advirtió. Y ella le creía.

Más de una vez Papá golpeó a Katya o cerró la puerta sin dejarla entrar a la casa. A veces también encerraba afuera a su mamá.

— ¡Llegan demasiado tarde! —decía desde atrás de la puerta—. ¡Nadie entra a esta casa después de las nueve de la noche! Luego se dirigía al dormitorio y las dejaba paradas en el umbral. Esto podría haber sido fatal en un clima tan frío, pero siempre encontraban una amiga que las dejara quedarse en su casa por la noche.

Para entonces la familia se había mudado a una casa un poquito más grande que las viejas barracas, y Katya tenía su pequeño dormitorio propio. Si llegaba a la casa más tarde de lo que su padre lo permitía, se detenía por un momento en la puerta de entrada.

—Por favor, Dios, líbrame de papá y sálvame de ser castigada —oraba.

¡Y funcionaba! Las palizas se hicieron más y más raras, y finalmente papá dejó de castigarla. Katya estaba segura de que era un resultado de sus oraciones.

Después de sus experiencias con los exámenes y con su padre, Katya pensó mucho acerca del poder de la oración. Le contó entusiasmada a sus amigas acerca de las oraciones, y ellas compartieron su asombro. Sin conocer a Dios, veían a la oración como un amuleto mágico.

—...y entonces, cierta noche, cuando llegué tarde a casa, en lugar de golpearme, papá me dio una hermosa cartera pequeña de la que había estado hablando. Nunca antes me había comprado algo. Nunca le compra nada a mamá tampoco—. Hizo una pausa, con los ojos brillantes.

— ¡Les digo, la oración ha hecho este cambio!

—Pero... eso es imposible —dijo Marina—. ¿Cierto?

—No, no es imposible —afirmó Katya—. Yo sé que Dios contesta mis oraciones. Quizás no nos haría daño investigar sobre la religión.

Más o menos en esa fecha Katya se dio cuenta de que no estaba metiéndose en más peleas. Tal vez estaba demasiado ocupada con el entrenamiento y las competencias. Tal vez estaba demasiado feliz por el cambio en Papá.

O... ¿podía tener algo que ver con la oración?

Pero pronto Katya se olvidó de nuevo de la oración cuando comenzó a ganar campeonatos y a entrenar para nuevos desafíos. El Campeonato Regional de Magadan se estaba acercando, y varias de las muchachas del equipo contrario de la ciudad de Magadan eras esquiadoras excelentes.

La contrincante más grande de Katya era Natasha Bagdanova. El problema era que el campeonato regional exigía esquí de fondo estilo patinaje: el fuerte de Natasha. Katya era mejor en esquí de fondo estilo clásico. Nunca había podido ganarle a Natasha en estilo patinaje.

Por la alineación, Katya comenzó treinta segundos antes que Natasha. Esto hacía que Katya no pudiera saber cómo le estaba yendo. Así que se esforzó todo lo que pudo, clavando los bastones y balanceando su peso de un lado hacia el otro como una patinadora de velocidad.

Para complicar más las cosas, a lo largo de toda la pista había muchísimos espectadores haciendo un barullo terrible al golpear ollas de metal. Katya hizo un esfuerzo por ignorar los ruidos que la distraían y concentrarse en sus movimientos.

De repente vio a su entrenador un poco más adelante. Él se acercó todo lo que pudo a la pista de esquí y le gritó:

—¡Tú y Natasha! ¡Van empatadas hasta ahora!

No había tiempo para responder al entrenador mientras Katya pasaba cerca del lugar donde él estaba parado. Sólo respiró más hondo y empujó más fuerte. Cuando cada pie entraba en un deslizamiento, balanceaba cuidadosamente el peso de manera pareja por todo el pie, manteniendo la misma rodilla doblada de manera cómoda mientras se inclinaba hacia adelante. Ya estaba en el último trecho de la pista, una sección larga cuesta arriba.

Los gritos y los golpes de las ollas se hicieron más fuertes, tan fuertes que lastimaban los oídos de Katya. Tenía que alejarse del ruido. Con un último impulso de energía voló pasando la multitud rugiente.

Una vez que había cruzado la línea de llegada, Katya se encorvó exhausta y quedó de pie, casi sin fuerzas, mirando el marcador. Natasha cruzó la línea al poco tiempo, y su tiempo apareció en el marcador. Katya gritó y levantó sus brazos en el aire. Había vencido a Natacha por 30 segundos completos, ¡un margen muy grande en esquí!

Y entonces el mundo de Katya cambió completa y repentinamente.

El régimen comunista colapso, y la Unión Soviética se disolvió en muchas repúblicas independientes. Aunque la religión ya no estaba prohibida, muchas personas le temían por las historias que hacían ver a los cristianos como monstruos.

Katya no le tenía miedo a la religión, pero, como muchos rusos, estaba confundida, tanto acerca de la nueva situación como acerca de la religión. Habló sobre eso con sus amigas Luda, Marina, Galya y Lena. Ellas estaban tan confundidas como ella.

—No puedo creer que no haya nada bueno en la religión —Luda sacudió la cabeza—. Nuestros profesores siempre nos han dicho que todas las religiones eran sectas. ¿Recuerdan cómo Galina Stepanovna nos advertía? Y es cierto. Acabo de leer un libro que dice que los bautistas no bautizan a los niños. ¡En realidad los sacrifican! —su mirada era de horror.

—No creo que eso sea cierto —dijo Katya—. Ya te conté cómo las oraciones me ayudaron. Les digo que las oraciones nos protegen. Sólo piensen en eso. Si oramos, quién sabe lo que podremos lograr.

Hubo silencio por un momento. Entonces Galya dijo pensativamente:

—Además, he escuchado que el mundo terminará en el año 2000.

—Sí —dijo Lena agitadamente—, y baba Anna me dijo que la Biblia habla de pájaros de hierro en el tiempo del fin.

— ¡Esos deben ser los aviones! —exclamó Marina.

—Baba YuWa me dijo que la Biblia habla del "Mikhail marcado" —dijo Galya.

—Oh —exclamaron las otras muchachas.

—Mikhail Gorbachev tiene una marca en la calvicie —dijo Luda—. ¿Se refiere a él? ¿Viste la parte a la que se refería?

—Oh, no —dijo Galya—. Nunca he visto una Biblia.

—Yo tampoco —dijo Luda—. Me daría miedo tocar una.

—Yo he visto una —anunció Katya, y todas la miraron. Les contó de la Biblia de Papá—. Pero... no la toqué —admitió.

Luda habló pensativamente.

—Mi babushka me ha contado historias acerca de las cosas malas que les suceden a las personas que no creen en Dios.

—También mi baba Nata —dijo Marina, sorprendida.

—Mi baba Katya también —agregó Katya.

—Por supuesto, todo es superstición —dijo Galya, tratando de parecer valiente.

—Sí —dijo Luda ansiosamente—, tal vez, solo para ir a lo seguro, deberíamos creer.

— ¡Sí! —asintieron las otras muchachas—. Vamos a

creer, solo para estar tranquilas.

Pero como no conocían realmente a Dios, creer no quería decir mucho.

Entonces, cuando Katya tenía 17 años, su vida cambió de nuevo.

Cuando estaba compitiendo en Sverdlovsk, el entrenador Ivan Victorovich Listopad se acercó a ella.

—Katya, debes unirte al equipo de Esquí Nacional de Bielorrusia —le instó.

—Bueno, no lo sé —dijo Katya lentamente—. He recibido la misma oferta de Magadan y de Lituania.

—Si vienes a Bielorrusia, puedo garantizar que serás aceptada en la universidad —declaró Listopad—. Yo soy uno de los profesores, así que puedo hacer que suceda. No tendrás que preocuparte por rendir ningún examen de ingreso.

Katya asintió con la cabeza.

—Lo pensaré —dijo.

Cuando volvió a Karamken de visita, el director del Comité Regional de Deportes fue a persuadirla para que se quede en el equipo de Magadan.

— Debes quedarte en Magadan —le insistió—. Te necesitamos. Y haremos que valga la pena. Tendrás un departamento gratuito para ti sola. No vivirás en un dormitorio. Y serás aceptada automáticamente en la universidad. Ningún examen de ingreso para nuestra campeona.

Katya lo habló con Lena.

—La oferta de universidad es importante —dijo Lena—. Ahora que no está más el Komsomol, no hay garantía de conseguir una educación universitaria o un buen trabajo.

—Lo sé —dijo Katya—. En cierta forma estoy feliz, por-que no quería estudiar para ser miembro del Komsomol.

Además, sabía que en este momento no podría pasar un examen de ingreso para la universidad.

—Por otro lado, todo es tan... tan...—¿Incierto?

—Sí —admitió Katya—. Y las cosas en casa están muy mal ahora. Papá perdió todo en el caos financiero cuando colapso el comunismo. Él y mamá pelean todo el tiempo.

Lena la miró fijamente.

—¿Ha comenzado a castigarte de nuevo?

—No, pero a veces golpea a mamá. Ojalá lo dejara —Katya suspiró—. No puedo ayudarla, Lena, pero yo sí puedo salir.

—Entonces, ¿cuál vas a elegir? —le preguntó Lena—. Después de todo, ambos te ofrecen el ingreso a la uni-versidad.

—Bueno, estoy familiarizada con Bielorrusia porque mi equipo ha entrenado allí varias veces. Y conozco algunos de los miembros más grandes del equipo bielorruso, que fueron reclutados de Magadan.

—¿No quieres quedarte en Magadan? —preguntó Lena, un poco melancólicamente—, ¿ni siquiera cuando obtienes un departamento gratuito para ti sola?

—Definitivamente, no. Es un lugar demasiado remoto.

—Pero Bielorrusia es pequeño: sólo hay unas diez millones de personas —protestó Lena—. No tiene los recursos para ofrecerle tanto a los atletas como, por ejemplo, Rusia. ¿Y Lituania? ¿Qué ofrecen ellos?

—Bueno, ellos también ofrecen el ingreso a la universidad. Pero enfrentémoslo. Los lituanos no simpatizan demasiado con los rusos. Vivir allí podría ser muy incómodo. Y aunque Rusia sería una buena opción, Moscú no me hizo una oferta.

—¿Entonces?

—Entonces creo que tendrá que ser Bielorrusia.

Poco tiempo después de que Katya dejó la casa, sus padres se separaron. Mamá fue a vivir con baba Masha en su pueblo en la región de Tambov. Al saber que Mamá nunca más sufriría golpes, Katya se sintió segura como para luchar por su propio futuro sin preocupaciones. El equipo se convirtió en su familia. Vivían juntos en la universidad, en los campamentos de entrenamiento, y durante las competencias. Katya amaba cada minuto de su vida.

En el campamento de verano, cada mes empujaba sus esquís rodantes mil kilómetros. Cuando los atletas no estaban esquiando, corrían o hacían otro tipo de entrenamiento.

Katya viajó a Finlandia con el equipo para entrenar en condiciones montañosas, y recorrió ochocientos kilómetros de esquí de fondo en un mes.

Estaba en su mejor momento físico, y se sentía maravillosamente. La organización suplía todas sus necesidades. Además de darle alojamiento y viajes gratuitos, y toda la ropa y equipos que necesitaba, le daban una paga generosa. Eso le permitía concentrarse solamente en esquiar. Sus ojos estaban en el oro. Todo lo que le importaba era ganar medallas de oro.

Aunque estaba en la universidad estudiando educación física y entrenamiento en esquí de fondo, Katya no tenía que preocuparse por asistir a clases. Lo único que importaba eran los exámenes. Llevaba algunos libros con ella en los viajes de entrenamiento, y algunas veces estudiaba un poco, pero no de manera seria y constante. Los atletas rendían los exámenes de forma separada de los otros estudiantes, y podían contestar las preguntas de los exámenes con su experiencia como esquiadores.

Y ahora, como ya no estaba limitada por el miedo a su padre, Katya se entregó a la vida de una atleta consentida: de fiesta en fiesta. Se olvidó de la oración. Amaba las fiestas y las discotecas: las luces, la gente, el baile. El equipo suplía todas sus necesidades, tanto materiales como emocionales. Ahora no necesitaba a Dios.

Capítulo 8

¡La Biblia es real!

Un día, mientras buscaba algo para leer, Katya decidió visitar a Irene, otra esquiadora. Como Irene era miembro de otro club, no la conocía bien, pero sabía que siempre estaba leyendo. Seguramente tendría algo para compartir con ella.

Y, de hecho, cuando Katya llegó a la habitación, vio que Irene estaba enfrascada en un libro. Al mirar más detenidamente, se dio cuenta de que Irene estaba leyendo la Biblia y, al mirar la habitación desde la seguridad de la puerta, Katya vio otros libros cristianos también.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó a Irene.

La muchacha la miró.

—Estoy leyendo la Biblia, como puedes ver. Por qué no entras y hablamos de esto. He descubierto que la Biblia me ayuda mucho.

—No, gracias —dijo Katya—. No necesito la Biblia. Solo estaba buscando un libro para leer.

Irene se puso de pie.

—Ven, tengo varios libros cristianos que te puedo prestar.

Para entonces Katya estaba retrocediendo rápidamente.

—No, no —dijo, casi corriendo.

Y pensó que eso sería el final de la historia. Pero se equivocó.

Después del primer año en el equipo de esquí de fondo de Bielorrusia, el entrenador Zamirov se mudó a Croacia. Los entrenadores cambiaban frecuentemente, y a veces era difícil acostumbrarse a un nuevo entrenador, pero Katya hacía lo mejor que podía para llevarse bien con cada uno. Se dedicaba a su entrenamiento y era la campeona de forma tan constante en Bielorrusia que después de un tiempo ni siquiera se molestaba en hacer las pruebas de aptitud. No necesitaba aprobar las competiciones de capacitación.

En el Campeonato Mundial de Polonia salió octava, y en el de Checoslovaquia (ahora dos países: la República Checa y la República Eslovaca) ¡salió tercera! Tenía 19 años y estaba llegando lejos.

Y, por supuesto, después de cada competencia había una celebración de triunfo, con mucho vodka.

Pero, de repente, todo comenzó a salir mal. Primero, Katya entrenó en exceso. Sus músculos estaban demasiado cansados para repararse cuando estaba en un descanso, y cuando corría carreras simplemente no rendían como antes.

El primer mal resultado fue en el Campeonato Mundial de Estudiantes en España. Dos años antes había salido octava en esa competencia y todos esperaban que le fuera mejor ese año. En cambio, terminó de manera vergonzosa en el puesto veintidós. Katya estaba devastada.

Luego llegaron más malas noticias. Un nuevo entrenador, Pavel Alexandreyovich, tomó el mando del equipo. Katya no se llevaba bien con él. Era demasiado estricto. Entonces, un día

terrible, después de que Katya había estado de fiesta hasta muy tarde en la noche, el entrenador la llamó a su oficina.

Con mucho cuidado, para no alterar aún más a su estómago revuelto, Katya entró a la oficina. Tenía una resaca terrible, y tenía un fuerte dolor de cabeza. Pero el entrenador la miró con ojos fríos e indiferentes.

—Katya, ya te lo había advertido —dijo severamente—. Anoche fue la segunda vez que llegaste borracha. Estás fuera del equipo. Adiós.

No lo podía creer. Esto no podía estar sucediendo. Pero el entrenador se puso de pie, la hizo salir de su oficina, y cerró firmemente la puerta.

Katya se quedó en el pasillo, aturdida. Lentamente se calmó y caminó a los tropezones hasta su habitación; o, mejor dicho, la que había sido su habitación.

Los guardias de segundad la estaban esperando. Es-tuvieron con ella mientras empacaba sus pertenencias y las sacaba del edificio. Las puertas se cerraron detrás de ella, y escuchó que cerraban con llave. No podía entender lo que estaba sucediendo. No era real. No podía estar fuera del equipo.

Pero lo estaba. Lentamente comenzó a comprender que no tenía dónde vivir, no tenía dinero, y no tenía trabajo ¡No tenía futuro! El equipo había sido todo para ella, y ahora había desaparecido. ¿Qué podía hacer?

Primero, se tambaleó hasta unos arbustos y vació su estómago.

Luego, con un sabor amargo en la boca, se sentó en el último escalón de la entrada del edificio y puso su cabeza entre sus manos. Luego de unos momentos escuchó pasos por el sendero. Los pasos dudaron al final del pasillo que llevaba al edificio, cambiaron de dirección y se dirigieron hasta donde ella estaba. Se detuvieron frente a Katya, pero ella no levantó su cabeza. No quería que nadie la viera así.

—¿Katya? —la voz titubeó.

Katya dio un rezongo como respuesta.

—Katya, ¿qué sucedió?

Ahora Katya reconoció la voz. Era la voz de Irene, la joven que leía libros cristianos. Katya miró hacia arriba con los ojos inyectados de sangre.

—Pavel Alexandreyovich me echó del equipo.

-Oh.

Irene no preguntó por qué. Todos sabían que Katya había sido advertida, y era evidente que se había vuelto a emborrachar.

—¿Adonde vas a ir? —le preguntó Irene.

Katya miró hacia abajo y encogió los hombros. No quería llorar.

—Puedes quedarte a vivir conmigo —la invitó Irene.

Katya levantó la cabeza rápidamente, aunque se arrepintió instantáneamente de haber hecho ese movimiento, ya que una ola de nauseas pareció empujar su estómago hacia su garganta.

—¿Me dejarás quedarme contigo? —su voz mostraba que casi no podía creerlo—. Pero... ¿no eres cristiana?

—Sí, soy cristiana —dijo Irene—. Soy adventista del séptimo día.

—Pero no puedes querer que me quede contigo —murmuró Katya—. Sabes que no soy cristiana, y no estoy interesada en serlo —sollozó y se limpió la nariz con el puño de la camisa—. Además, nadie quiere estar cerca de una buscapleitos —agregó con amargura.

—Sí, lo sé —dijo Irene amablemente—, y también sé que no tienes adonde ir. Jesús dijo que deberíamos ayudar a los demás. Evidentemente, tú necesitas ayuda, así que eres bienvenida a quedarte conmigo.

Lo único que escuchó Katya en la voz de Irene fue amabilidad. En ese momento estaba demasiado inestable emocionalmente como para expresar su gratitud, pero se puso de pie y levantó sus bolsos.

—Yo te ayudo con los bolsos —le dijo Irene—. Tú concéntrate en no vomitar.

Así que Katya se mudó con Irene. Aprendió que hacía poco que Irene era cristiana. Irene creía en el séptimo día sábado, pero como era miembro de un equipo de esquí no siempre guardaba ese día. Katya también la veía en las fiestas del equipo, así que nunca había pensado mucho acerca del cristianismo de Irene. Pero ahora que eran compañeras de habitación, Irene comenzó a hablarle de la Biblia y de Jesús. Katya simplemente no le hacía caso y permanecía indiferente.

Al poco tiempo, otra estudiante leyó acerca de la importancia de una buena dieta.

—Saben —le dijo a las otras jóvenes—, todos los estudios y experimentos en atletas han demostrado que el desempeño atlético mejora con una dieta vegetariana.

—Yo nunca dejaré de comer carne —afirmó Katya—. Me gusta demasiado.

Luego de dos meses, la entrenadora de Irene, una mujer, invitó a Katya a estar en su equipo. ¡Qué alivio! Sintió que revivía. Katya e Irene siguieron siendo compañeras de habitación, ahora de forma oficial.

Irene invitaba seguido a Katya a ir a su iglesia, pero Katya siempre se negaba. Lo evitaba como si fuera a lastimarla, y siempre le decía a Irene que no estaba interesada.

Entonces, llegó diciembre, y Katya se sintió envuelta en melancolía. Estaba llegando la navidad, aunque era demasiado grande para recibir regalos de Ded Moroz ("El abuelo frío", equivalente a Papá Noel), igualmente sentía muchos deseos de pasar tiempo en familia. Pero, se dijo a sí misma, ya no tenía una familia. Sus padres vivían separados, lo cual era lo mejor para su mamá. Yambos vivían demasiado lejos como para visitarlos en las cortas vacaciones que se le daba al equipo.

No había nada que pudiera hacer. Estaría sola. Después de la gran fiesta navideña al final del semestre, todos los miembros del equipo se irían a sus propios hogares.

Así que cuando Irene la invitó a su casa por cinco días en navidad, Katya estaba encantada. No sospechó que esta visita marcaría otro momento decisivo en su vida: el más importante de todos.

Se estaban realizando una serie de reuniones adventistas en el pueblo de Irene mientras las muchachas estaban allí para las vacaciones navideñas. Irene invitó a su compañera a ir a las reuniones con ella, y como Katya se sentía en deuda con Irene, como símbolo de gratitud, aceptó ir con ella y hacerle compañía.

Para su sorpresa, el teatro en el que se realizaban las reuniones estaba tan lleno que solo había lugar para estar de pie. De hecho, para que todas las personas que querían asistir

tuvieran la oportunidad de hacerlo, cada reunión se realizaba dos veces. Katya, de pie en la gran multitud al fondo en la primera reunión, estuvo todo el tiempo saltando para ver por sobre las cabezas de las personas. Quería saber qué era tan interesante para que tantas personas hayan asistido.

El evangelista Moses Ostrovsky habló sobre cosas que ella nunca antes había escuchado, conceptos como la segunda venida y lo que sucede después de la muerte.

Todo le parecía muy extraño a Katya, y los términos que usaba el evangelista eran desconocidos para ella. Pero también lo sintió convincente.

Al día siguiente, Irene y ella llegaron una hora antes para poder encontrar lugar para sentarse.

Y cuando volvieron a la universidad después de las vacaciones, e Irene le ofreció libros cristianos, Katya los aceptó.

Primero leyó dos libros cortos y pensó que eran buenos. Pero cuando empezó a leer Patriarcas y profetas un nuevo mundo se abrió para ella. De repente se dio cuenta de que esto no era como la religión de su padre: una colección de amuletos y supersticiones. Y era mucho más que una historia sobre santos cuyas vidas eran tan alejadas de la realidad que nadie podía sentirse identificado.

Galina Stepanovna y sus otros profesores habían insistido en que la Biblia era solo una colección de mitos. ¡Pero esto era historia! Esto era real.

Al leer más libros adventistas, Katya se convenció de que algunos tipos de carne eran impuros, y los sacó de su dieta. También comenzó a ver cómo Dios había actuado a través de la historia.

Katya comenzó a cambiar. Perdió interés en el alcohol, y decidió no tomar más bebidas alcohólicas.

Katya e Irene no habían estado entrenando con los otros esquiadores, así que pasó algún tiempo hasta que los otros descubrieron la determinación de Katya de no tomar más. Al año siguiente volvió al equipo bielorruso, y cuando comenzaron a juntar dinero para comprar vodka y otros licores para la habitual fiesta navideña, Katya no contribuyó.

—Eh, Katya —se quejó una de sus compañeras—, ¿cuál es tu problema? Todos estamos dando un poco de dinero para la fiesta y tú no. ¿Por qué no contribuyes?

—No voy a tomar —le dijo Katya—, así que no tiene sentido que pague por el alcohol.

— ¡Tú no vas a tomar! —se rieron—. ¡Eso sí que hay que verlo para creerlo!

En la fiesta sus compañeros la observaron de cerca. Cuando vieron que ella realmente no tomaba más, finalmente se convencieron de que hablaba en serio.

La temporada de competencias terminó en abril, y Katya comenzó a buscar una iglesia adventista en la ciudad cercana de Minsk.

Finalmente le dijeron de una, pero el edificio verde oscuro que encontró no se veía muy prometedor. La planta baja estaba ocupada por un centro comunitario, donde las personas iban a jugar al ajedrez, y a realizar actividades sociales. El lugar apestaba a humo de cigarrillos.

La iglesia estaba ubicada en ese edificio, pero era en la plata alta. El interior del edificio era tan oscuro, que para Katya era difícil mantenerse despierta. Esto era lo más diferente que se podía imaginar a una iglesia ortodoxa iluminada y ornamentada, con sus cruces doradas e iconos llenos de joyas.

Katya se sentó con otras mujeres jóvenes que se que-jaban de que el pastor no era un buen predicador y que la luz no era buena. Ambas cosas eran ciertas, pero a Katya no le importaba. Había ido a aprender sobre Dios, y parecía como si Dios hubiera cerrado sus sentidos al ambiente desagradable para que no se distrajera de lo que estaba escuchando.

Los amigos que hizo en la iglesia eran vegetarianos, y eso le recordó los estudios de desempeño. Por supuesto, quería hacer lo mejor posible en las competencias. Gradualmente, dejó de comer carne roja, después dejó el pollo y finalmente el pescado. Para su sorpresa, era feliz como vegetariana.

Comenzó a promover el vegetarianismo entre sus compañeras de equipo. Naturalmente, todas querían mejorar su desempeño. Pronto varias de ellas se hicieron vegetarianas.

Cuando viajaban, llegó a ser el trabajo de Katya pedir la comida. Comían muchas nueces, guisantes, porotos y caviar. Katya era cuidadosa de que la dieta fuera balanceada y que siempre hubiera comida sabrosa.

Una vez el equipo pasó cuatro meses en Italia, y Katya pidió legumbres con tanta frecuencia que los cocineros del hotel y del restaurante la comenzaron a llamar "Señorita Legumbre".

A menudo, cuando iba a un restaurante, los mozos ni se molestaban en esperar que ella pidiera la comida.

—Tú quieres un poco de sopa de arvejas —le decían.

Algunas veces los anfitriones de algunas competencias le ofrecían carne a los atletas, pero Katya siempre contestaba con un educado:

—No, gracias.

Estaba un poco sorprendida por lo bien y feliz que se sentía, pero los entrenadores no estaban tan confiados.

—¿Estás segura de que esta es una buena idea? —le preguntaban—. ¿No necesitas carne para tener fuerza? No queremos que decaigas en un momento crítico.

Pero pronto cambiaron el discurso.

—El desempeño del equipo completo está mejor que nunca—decía un entrenador tras otro—. Sigan adelante y sean vegetarianos.

Capítulo 9

No se puede servir a dos señores

Al poco tiempo Katya invitó a un par de amigas de la universidad a asistir a la iglesia con ella. Justo después de que ambas aceptaron su invitación, Katya tuvo que irse a una competencia. Mientras ella estaba de viaje, su amiga Natasha encontró la iglesia ella misma y comenzó a asistir, y cuando Katya volvió, las tres fueron juntas a la iglesia. Después de un tiempo, la otra amiga les dijo que eso no era para ella, y dejó de asistir. Pero Natasha continuó asistiendo cada sábado. Entonces alguien invitó a Natasha y a Katya a unirse aun grupo de estudio bíblico que se reunía cada semana una hora antes de que empiece el servicio en la iglesia. Tenían que viajar por una hora y media para llegar a la iglesia a las nueve de la mañana, para el estudio bíblico, pero tenían tantas ganas de aprender que no les importaban los inconvenientes.

Al aprender más de Jesús, de su sacrificio y su perdón, Katya sintió que su corazón cambiaba. Descubrió, por ejemplo, que ya no odiaba a Papá. Podía perdonarlo así como Cristo la había perdonado a ella.

Algunas semanas después de que Katya y Natasha se habían unido al grupo de estudio, los miembros comenzaron a hablar sobre el bautismo que se iba a celebrar en un par de semanas más. Iban a ser bautizados. Katya no se había dado cuenta de que era un grupo de estudio bautismal, pero decidió que ella también quería ser bautizada.

Le escribió a sus padres para contarles sobre su decisión, y ellos quedaron atónitos. Papá estaba demasiado lejos como para detenerla, así que envió un telegrama frenético:

—¡No vayas a ese lugar!

El telegrama no hizo que Katya cambiara de idea. Habló con Natasha.

—¿Has decidido ser bautizada?

—Me gustaría, pero no estoy segura... —vaciló Natasha.

—Escucha, Natasha, cuando tomas una decisión por Cristo el enemigo no tiene poder sobre ti. Si cambias de idea, el enemigo todavía puede reclamarte. ¿Es eso lo que quieres?

—No, por supuesto que no —protestó Natasha—.

Y antes de mucho le dijo a Katya que había decidido ser bautizada con ella y los demás.

El bautismo se realizó un hermoso día de mayo. Como no había un bautisterio apropiado, la iglesia usó un sauna para el servicio. El sauna era pequeño y oscuro, pero Katya y Natasha estaban felices de saber que se habían unido a la familia de Dios.

Estaban tan felices que fue un impacto llegar a la casa y descubrir que una granizada repentina había roto el espejo de la habitación de Natasha.

—¿Qué significa esto, Katya? —preguntó Natasha—. El clima estaba lindo cuando salimos. ¿Qué causó esta tormenta repentina?

—No lo sé —respondió Katya—. Quizás el enemigo está enojado porque nos bautizamos.

Pero decidieron que si el enemigo realmente había causado la tormenta, no iban a dejar que las asuste y las aleje de Dios.

Ansiosa por compartir su nueva fe, Katya fue a visitar a Mamá y a baba Masha en su poblado en Tambov. Les comenzó a contar sobre sus creencias.

Baba Masha estaba horrorizada.

— ¡No, no, Katya! No te involucres con ellos. Son una secta. Lo sé. Serás un sacrificio humano. ¿Te conté de la vez que casi me matan como un sacrificio?

—Sí, baba Masha —dijo Katya amablemente—, pero los Adventistas no son una secta. No sacrifican personas. Su religión es real. No son sólo rituales.

Baba Masha, que seguía muchos rituales religiosos ortodoxos, no estaba convencida.

Tampoco Mamá.

—Sus creencias son tan extrañas —argumentó—. Por ejemplo eso de adorar el sábado. Todos saben que el domingo es el día en que se va a la iglesia.

—El domingo no es el día que la Biblia llama sábado —contrarrestó Katya.

Mamá y baba Masha continuaron discutiendo por las doctrinas, pero no pudieron hacerle cambiar de opinión. Cuando llegó el momento en que Katya tenía

que irse, les dejó una Biblia y una serie de "El conflicto de los siglos".

—Una Biblia —se maravilló baba Masha—. Nunca he leído una Biblia.

Luego de eso, Katya viajó a Ucrania. Al principio, baba Katya estaba encantada con que su tocaya se había hecho cristiana.

—Frozina y Annychka también se han hecho cristianas —murmuró la anciana cuando Katya la visitó.

También le contó a Katya que varias otras personas del pueblo habían decidido aceptar a Cristo. Pero se puso seria cuando Katya le dijo que era una Adventista del Séptimo Día.

—Oh, Katya, ¿no podrías haberte unido a la iglesia Ortodoxa? ¿Por qué tuviste que hacerte Stunde?

Stunde significa "hora" en alemán. Esa palabra venía de tiempos antiguos y se refería al momento en que los Protestantes rusos de origen alemán se reunían entre ellos para estudiar la Biblia. En el pueblo de baba Katya ese término eventualmente se había comenzado a usar para referirse a los Adventistas del Séptimo Día.

Katya no iba a discutir con su abuela sobre la iglesia a la cual debería asistir.

—Baba Katya, te traje un regalo —dijo, sacando una Biblia de su bolso—. Está en ucraniano —agregó.

Una gran sonrisa apareció en el rostro arrugado de baba Katya mientras aceptaba el regalo. Acariciaba amorosamente la tapa del libro santo con dedos temblorosos. Sus ojos se humedecieron.

—Esta es la primera vez que veo una Biblia desde que Stalin las confiscó a todas —murmuró reverentemente—. Gracias, Katya. Es el regalo más maravilloso que puedo haber recibido. La pondré en un lugar de honor.

Luego de su bautismo Katya sentía que pertenecía a dos equipos: al equipo de Dios y al equipo de esquí de fondo. Estaba feliz de que el primer ciclo de entrenamiento de 21 días del equipo de esquí comenzara en domingo. Eso quería decir que tendrían el sábado libre cada semana, y durante la última semana del mes los atletas siempre tenían un descanso. Pero al mes siguiente, el ciclo comenzaría en un día diferente. Eso quería decir que el sábado siguiente sería un día de entrenamiento.

Determinada a guardar el sábado, Katya habló con su entrenador.

—No puedo entrenar los sábados —explicó—. Soy Adventista del Séptimo Día ahora. Creo en el sábado bíblico, y debo guardarlo.

Para su sorpresa el entrenador aceptó de buena gana dejarle tener los sábados libres durante la temporada de entrenamiento. Uno de los otros entrenadores bromeó:

—He decidido convertirme en musulmán y tener los viernes libres. Me gusta esto de la religión. Puedes hacer lo que quieras.

Pero no era tan fácil.

Para empezar, Katya tenía que viajar más de tres horas para ir a la iglesia y otras tres horas para volver al campamento de entrenamiento luego de los servicios. Comenzó a perder sueño. Además, tenía que realizar su entrenamiento mientras los otros atletas tenían el día semanal libre. Pero estaba determinada a honrar a Dios.

Los entrenadores pensaron que era solo una etapa.

—Vas de un extremo al otro, Katya —dijo uno—. Esto también va a pasar.

Pero cuando Katya permaneció firme, el entrenador jefe perdió la paciencia.

—Elige entre el equipo o la iglesia —le dijo brusca-mente—. Habla con los miembros de tu iglesia y has un arreglo con ellos para poder entrenar los sábados de vez en cuando.

Por supuesto, Katya sabía que no funcionaba de esa forma. Oró con sus amigos de la iglesia y fue a ver el Comité Olímpico.

—Me dijeron que haga una elección. Lo veo como una elección entre el equipo y Dios. Elijo a Dios.

De repente los miembros del comité se dieron cuenta de que ella hablaba en serio.

—Oh —dijeron—, pero tú has firmado un contrato por dos años. No puedes renunciar. Te daremos tus sábados. El primer campamento de entrenamiento comienza en sábado. Tienes que estar presente, pero no necesitas entrenar.

Pero, ¿cómo podía ir al campamento de entrenamiento en sábado? Katya perdió un poco más de sueño mientras pensaba en la decisión que tenía que tomar. ¿Podía servir a Dios si iba al campamento? Quizás podía influir en sus compañeros si se quedaba sentada leyendo la Biblia mientras ellos entrenaban.

¿Qué debía hacer?

El lugar de partida para el viaje al campamento de entrenamiento estaba cerca de la iglesia. Katya se encontró con los miembros de la iglesia y oraron. Después de orar, supo lo que debía hacer. Dejó sus pertenencias en el autobús y fue a la iglesia en lugar de ir al campamento de entrenamiento. Todavía era verano, y los días eran largos, así que la iglesia tenía servicios tanto de mañana como de tarde.

Luego de los servicios de la tarde Katya volvió a la residencia y encontró a Irene allí. Irene había ido al campamento de entrenamiento porque tenía miedo de que la saquen del equipo.

—El entrenador estaba muy enojado porque no fuiste —le dijo Irene a Katya—. Gritaba: "¡Simplemente tenemos que echarla! ¡Están molesto cuando todos están aquí menos ella!".

Katya oró un rato más. A la mañana siguiente oró silenciosamente mientras iba en el autobús junto con sus compañeros hasta el campamento de entrenamiento.

—Katya, ¿dónde has estado? —le preguntó el entrenador alegremente.

—Estaba en la iglesia, por supuesto —contestó.

—Sabes que tenías que estar aquí —le dijo, pero no había enojo en su voz.

—Sí—dijo Katya—, pero estaba en la iglesia.

Los otros atletas miraban atónitos la conducta calmada del entrenador luego del berrinche del día anterior. No se dijo nada más, y todos volvieron a entrenar.

Sin embargo, la temporada de competencia presentó un nuevo problema para Katya. Prácticamente todas las competencias se desarrollaban en sábados o domingos. Ella creía en el sábado, pero ¿cómo podía guardarlo mientras competía? Por otro lado, ¿cómo podía decepcionar a su equipo?

No podía decidirse.

—Soy parte del equipo. No puedo decir: "No voy a competir hoy" —racionalizó—. Además, estoy siendo una testigo para Cristo ante mis compañeros todo el tiempo. Si me sacan del equipo, no podré ser más una testigo.

Katya trató de llegar a un acuerdo, de ser leal tanto a Dios como al equipo de esquí. Amaba a ambos. El equipo era su hogar y su familia. Dios era su Padre amante recién descubierto. Así que aunque se sentía incómoda, decidió competir algunas veces en sábado.

Pero mientras viajaba con el equipo, trató de hacer que cada sábado fuera especial. Le decía a sus compañeros:

—Hoy es sábado, así que solo escucharemos música cristiana.

Y ellos hacían lo que ella decía.

Mientras tanto, hacía todo lo que podía por hablarle a otros de Cristo. En los hoteles le hablaba a las mucamas, a los administradores y a las recepcionistas. Les contaba el gozo que sentía desde que conocía a Cristo.

Viajaba con libros y videos cristianos y los regalaba. A menudo, cuando volvía a su habitación, encontraba a una mucama escuchando un video mientras limpiaba el cuarto.

Le dio libros y videos de sermones, música y seminarios a sus compañeras. No todos leían los libros, pero algunos sí. Algunas veces los miembros del equipo de varones también leían lo que ella llevaba.

Una vez un entrenador se acercó a ella.

—¿Tienes algo para leer? —le preguntó—. Yo no tengo nada.

Le dio una copia del folleto Truth or Propaganda (Verdad o propaganda), y él lo leyó dos veces.

Cuando el equipo fue a Italia para la Copa del Mundo, Katya tuvo una oportunidad especial para presentarle a Jesús a sus compañeros.

Los atletas iban en avión hasta el lugar de la competencia, y los entrenadores iban en un microbús con todos los esquís y equipos.

Los atletas se instalaron en sus hoteles y esperaron. Y esperaron. Esperaron todo el día, y los entrenadores no llegaban. Esperaron otro día. Todavía no aparecían los entrenadores. El equipo no tenía los esquís ni sesiones de entrenamiento. El personal del hotel se preguntaba qué estaba sucediendo. Los miembros del equipo tenían que estar sin hacer nada y mirar cómo sus rivales se preparaban para la competencia.

Finalmente Katya sugirió que oraran. Siguiendo su ejemplo, los miembros del equipo se pararon en círculo y oraron para que sus entrenadores llegaran pronto.

Dos horas más tarde alguien gritó:

— ¡Están acá! ¡Los entrenadores llegaron!

Los miembros del equipo volaron desde sus habitaciones hacia donde los entrenadores estaban saliendo del microbús.

—¿Qué sucedió? ¿Dónde han estado? Oramos para que llegaran —gritaban los atletas.

—El microbús se rompió. Tuvimos que esperar que lo arreglaran —explicaron los entrenadores.

Todos estaban aliviados de que el incidente había terminado bien. Esperaban que el retraso no influyera en su desempeño en la competencia.

Capítulo 10

Todo por Jesús

El desempeño del equipo en la Copa del Mundo fue todo lo que podrían haber esperado. Elena Sinkevich fue la que mejor puntuaciones logró. Era la prefe-rida de todos, y Katya estaba feliz por ella. Katya también estaba feliz por ser la segunda: Elena era la única con mejor puntuación.

Ambas estuvieron encantadas cuando el entrenador les informó:

—Ustedes dos irán a las Olimpiadas en Nagano, Japón.

Y un poquito antes de que el equipo fuera a Nagano, el presidente bielorruso Alexander Lukashenko las honró con un banquete. Oksana, una amiga adventista de Katya le hizo una sugerencia a Katya:

—Katya, ¿por qué no llevas la serie de "El Gran Conflicto", para regalársela al Presidente?

—Oh, eso sería una pérdida de tiempo. No hay manera de que me permitan regalarle los libros —discutió Katya.

—Nunca sabes qué podría pasar —dijo Oksana.

Así que Katya puso los libros en su cartera y cuando el banquete estaba terminando se acercó al asistente del Presidente.

—Tengo un regalo que me gustaría darle al presidente Lukashenko en agradecimiento por su apoyo al equipo. ¿Estaría bien que se lo dé?

—Sí, seguro —contestó el asistente—. ¿Cuál es el re-galo?

—Algunos libros religiosos.

—Está bien. ¿Los firmaste?

—Oh, no. No pensé en eso.

—¿Por qué no los firmas ahora? Toma, puedes usar mi lapicera.

Katya tomó la lapicera y firmó cada libro, deseándole al Presidente un buen mandato y la sabiduría de Salomón.

—Muy bien —dijo el asistente—. Se los daré al Presidente. Es muy amable de tu parte. Con seguridad, el Presidente los apreciará mucho.

Y entonces, casi antes de que se diera cuenta, Katya estaba camino a las Olimpiadas. ¡Las Olimpiadas! Estaba tan emocionada que casi no necesitaba tomar un avión. Estaba suficientemente feliz como para volar por sus propios medios hasta Japón.

Miró a su alrededor en el avión. Todos los demás también estaban entusiasmados. El licor gratuito estaba corriendo libremente, pero todos sabían que no podían convencerla de tomar. Al ser una cristiana adventista, nunca más tomaría, y ellos lo sabían.

Víctor, el entrenador jefe, tenía el asiente al lado de ella. Cuanto más tomaba, más se le soltaba la lengua. De repente se volvió hacia ella.

—Katya, tú dices ser una Adventista, pero en realidad no lo eres.

Sorprendida, Katya lo miró.

—¿Por qué...? —fue todo lo que salió de su boca.

—Porque no guardas el sábado.

Las palabras fueron como un cuchillo que se le clavó en el corazón.

Katya sabía que el entrenador tenía razón. No había estado guardando el sábado fielmente. Había estado tratando de hacer las dos cosas al mismo tiempo, pero era imposible servir a Dios y al mundo.

—Voy a renunciar después de las Olimpiadas —dijo. Las palabras la asfixiaban.

Pero el entrenador no paró ahí.

—Oh, por supuesto —dijo despectivamente—. Después de las Olimpiadas. No renunciarías antes.

Katya se sentía aturdida y miserable. El viaje se había arruinado. Sin importar cómo le fuera en la competencia, no podría disfrutarlo.

El segundo día en Japón, el entrenador Víctor se acercó a Katya acompañado por un hombre gigante de alrededor de 50 años. El entrenador había olvidado las palabras mordaces que había dicho en el vuelo.

— Katya —la saludó alegremente—, he conocido aun pastor. Él es Cari Dambman, es un ex luchador de pesos pesados.

—Es norteamericano, pero vive en Rusia. De hecho, es el director del Ministerio de Deportes en Moscú. Cari, ella es Katya Antaniuk, una de nuestras mejores esquiadoras de fondo.

—Katya —dijo Cari—. Entiendo que eres cristiana.

—Sí, lo soy.

—Bien. Hay un centro religioso interconfesional aquí en la Villa Olímpica. Podemos hablar sobre la Biblia, ver películas cristianas y orar. Todos los atletas cristianos están invitados. De hecho —miró a Víctor—, cualquiera que quiera acompañarnos está invitado.

—Tengo una reunión —dijo el entrenador Víctor, echándose hacia atrás—. Ustedes dos conózcanse un poco.

Salió rápidamente.

—¿Te gustaría venir al centro, Katya? —preguntó Cari.

—Seguro —asintió—. Irene también querrá ir. Y puede haber otros.

Otros también quisieron ir. De hecho, todas las atletas rusas fueron al centro religioso ese domingo, incluso aquellas que practicaban otros deportes.

—Saben —le dijo Cari a Katya e Irene después de la reunión—, me gustaría ir a la iglesia aquí en Nagano y dar mi testimonio. El cristianismo no está creciendo mucho en Japón, y creo que le haría bien a los miembros de iglesia escuchar a otros cristianos. ¿Les gustaría acompañarme?

Las dos jóvenes asintieron entusiasmadas, y Cari llamó a la iglesia bautista para que los buscaran en auto el domingo siguiente.

Al salir el domingo siguiente hacia la iglesia en el auto lleno de jóvenes, Katya no pudo evitar preguntarle al con-ductor:

—¿Hay alguna iglesia Adventista del Séptimo Día en Nagano?

—Realmente no lo sé —dijo el conductor.

Un joven muchacho japonés que estaba sentado al fondo habló:

—Yo soy adventista.

Katya lo miró. ¿Un adventista en el auto que se dirigía a la iglesia bautista? ¿Quién era él? ¿Un ángel?

Cuando llegaron a la iglesia bautista, el japonés ad-ventista llamó a su iglesia e hizo arreglos para que Katya asistiera a la reunión de oración durante la semana.

La tarde señalada, Cari y un par de otras personas fueron con Katya e Irene a la iglesia adventista. Cari hizo de intérprete para las dos jóvenes rusas.

Después de la reunión el Pr. Masuo Ikemasu se acercó a Katya e Irene.

—¿Les gustaría dar su testimonio en la iglesia este sábado? —les preguntó.

—Sí, seguro. Nos encantaría —contestaron.

Pero Irene estuvo pensativa mientras volvían a la Villa Olímpica, donde estaban viviendo juntas. Cuando llegaron a su habitación, finalmente dijo lo que estaba en su mente.

— Katya, ¿cómo daremos nuestro testimonio? No hablamos japonés, y Cari dijo que no puede acompañarnos para hacer de intérprete esta vez.

—Sí, eso es un problema —admitió Katya.

Pensaron, hablaron y oraron acerca del problema durante los días siguientes. El sábado se acercaba rápidamente. ¿Qué podían hacer?

—Ya sé —Katya tuvo una inspiración repentina—. Le iré a pedir a los oficiales olímpicos bielorrusos un intérprete.

Feliz, fue rápidamente a la oficina e hizo su pedido. Para su alegría, los oficiales encontraron a Tomoko*, una mujer japonesa que hablaba ruso y estaba dispuesta a ir a la iglesia con ellas.

El sábado el pastor Ikemasu fue a buscar a las tres mujeres para ir a la iglesia. Katya estaba feliz de que no hubiera ningún problema con el sábado en estos juegos.

Mientras Katya e Irene daban su testimonio, ocasionalmente

*No se sabe el nombre verdadero.

Tomoko quedaba confundida. No entendía muchos términos, como "la segunda venida".

Cuando sucedía eso, traducía el término al japonés y miraba al pastor. El pastor Ikemasu explicaba el término y a qué se refería dentro de las creencias adventistas.

Al final del servicio Tomoko dijo:

—Me gustaría asistir a una iglesia adventista cuando vuelva a casa después de los juegos olímpicos. ¿Sabe dónde puedo encontrar una?

El pastor Ikemasu buscó la dirección de la iglesia en su ciudad con mucha felicidad.

Todo esto hizo que se afianzara la determinación de Katya de seguir a Cristo completamente.

Su puntuación en Nagano estuvo en el promedio, lo cual era muy respetable por ser una atleta olímpica por primera vez. Pero competir por medallas había perdido su atractivo. El oro mundano no podía competir con el oro eterno para el cual vivía ahora.

Después de las Olimpiadas había una competencia más, esta vez en Rusia.

—No te voy a llevar a esta —le dijo el entrenador Víctor claramente—. De cualquier forma vas a renunciar al final de tu contrato.

Pero Víctor Shepelevich, el miembro del Comité Olímpico que había contratado a Katya, tenía otros planes. Llamó a Katya a su oficina.

—¿Por qué tu entrenador jefe no quiere llevarte a la competencia? —le preguntó.

—Porque voy a renunciar al equipo.

—¡Renunciar al equipo! —estaba atónito—. ¿Por qué vas a renunciar al equipo?

Al borde de las lágrimas, Katya le explicó que tenía que hacer una elección. Por más que disfrutara muchísimo de esquiar, y por mucho que apreciara a sus compañeras de equipo, sentía que quedarse con ellas sería darle la espalda a Dios. Debía elegir a Dios.

Shepelevich era ateo, pero se conmovió por su lealtad a Dios.

—Muy interesante —dijo—. Quiero escuchar más sobre esto.

Después de esa reunión, Shepelevich llamó al entrenador de Katya.

—Tiene que llevar a Katya Antaniuk a la competencia —le ordenó—, o tendrá problemas.

La última competencia de Katya fue la mejor de todas. Ganó una medalla de oro y un título: Maestro del Deporte a nivel internacional. El único título mayor era el que se le daba a los mejores competidores en la Copa del Mundo, el Campeonato Mundial o los Juegos Olímpicos.

Pero los títulos y las medallas de oro ya no tenían el primer lugar en su vida o en su corazón. Se preparó para notificarle al Comité Olímpico de la región de Minsk que iba a renunciar. Fue mucho más difícil de lo que se había imaginado. Los miembros del comité estaban atónitos y consternados. Trataron de convencerla de que no lo hiciera.

—¿No puedes conseguir una autorización que te permita competir en sábado? —le preguntaron.

—Lo siento —contestó Katya—. No funciona de esa manera. Debo hacer lo que dice la Biblia.

—¡Pero no puedes renunciar! —exclamó uno.

—Haremos que valga la pena que te quedes —dijo otro.

—Sí, te daremos gratuitamente tu propio departamento —prometió un tercero.

—Lo siento —repitió Katya—. Ustedes han sido muy buenos conmigo, y he disfrutado ser parte del equipo.

Pero lo veo como una elección. Debo elegir a Dios.

Finalmente, a regañadientes, aceptaron su renuncia. Ella lloraba mientras salió del lugar. Esto había sido lo más difícil que había hecho alguna vez.

Pero era lo correcto. Secó sus lágrimas, se enderezó, y caminó por la vereda. No se lamentaría. Había elegido a Cristo, y eso era lo mejor que alguien podía hacer.

De ahora en adelante, Dios era su familia, su hogar y su apoyo. Confiaría en Él.

Capítulo 11

Más decisiones

Después de dejar el equipo, Katya fue a visitar a su madre y a baba Masha en Tambov. Lo primero que notó cuando entró en la casa fue que habían sacado todas las imágenes religiosas menos una.

—Baba Masha —preguntó Katya—, ¿por qué sacaste las imágenes?

—Antes no lo sabía, pero leí la Biblia que me diste. Ahora sé que está mal adorar imágenes.

—Entonces, ¿por qué todavía queda una? —Katya estaba confundida.

—Eso es exactamente lo que le dije —dijo Mamá—. Katya, sácala tú.

—No —protestó baba Masha—. No puedo tirar esa. Fue un regalo de mi madre.

—Si es malo tenerlas, es malo tener incluso una —discutió Katya.

Baba Masha miró a su nieta, luego a la imagen, y luego de nuevo a Katya.

—Está bien —dijo al final—. Tírala.

—No —dijo Katya—. Tírala tú.

Baba Masha miró a Katya a los ojos por un largo rato. Luego, respiró profundo, agarró la imagen, y la tiró en la basura.

Durante esta visita de Katya, baba Masha tuvo un ataque cardíaco. En esos días un cristiano pentecostal visitó el poblado. Visitaba a las familias, tocaba la guitarra y predicaba.

—¿Quiere ser sanada? —le preguntó a baba Masha—. Puedo sanarla con oración.

Por supuesto que ella quería ser sanada.

—Creo con todo mi corazón que Dios puede sanarme —le dijo baba Masha.

La siguiente vez que la visitó, el predicador oró por ella, y ella se sanó. Como resultado de esa experiencia, baba Masha y Mamá decidieron que se bautizarían en la iglesia Pentecostal.

Katya no estaba muy segura. ¿Es esto lo que deberían ha-cer?, se preguntaba. Oró acerca de eso y comenzó a estudiar libros pentecostales. Al estudiarse dio cuenta que los libros tenían muchos errores bíblicos. ¿Cómo podía convencer a Mamá y a baba Masha de esos errores? No sabía.

—Katya —dijo Mamá al entrar a la casa una tarde—, los pastores pentecostales quieren que te llevemos a la iglesia la próxima vez que vayamos.

—Oh, Mamá, no quiero discutir con ellos—dijo Katya.

— ¡Ja! —se burló baba Masha con una mirada traviesa—. ¿Tienes miedo de escuchar lo que ellos tienen para decir? Siempre estás lista para hablar de tus creencias. ¿Por qué no escuchas a otras personas?

—Voy a orar sobre esto —prometió Katya.

—Bien —dijo Mamá—. Ven, vamos a cenar ahora.

Katya sacudió la cabeza.

—No, gracias —murmuró—. Creo que voy a ayunar.

Y ayunó y oró:

—Querido Señor, por favor dame las respuestas correctas para sus argumentos. Pon en mi mente las verdades que he estudiado en la Biblia.

Mientras pasaban los días repasó los pasajes bíblicos que se habían convertido en tan preciosos para ella.

Katya fue con su madre y su abuela a la siguiente reunión en la iglesia. Varios pastores estaba allí, listos para enfrentarla. Como ella había temido, la "discusión" pronto se degeneró en un debate. Los pastores se volvieron más y más estridentes mientras Katya usaba la Biblia para contraatacar sus argumentos.

Los pastores se alteraron mucho especialmente cuando vieron a algunos miembros de su iglesia asintiendo con sus cabezas al aceptar las declaraciones de Katya. Todo el asunto terminó con Katya parada en el medio del grupo de pastores, sacudiendo los brazos en gestos amplios mientras daba su testimonio, mientras los miembros de iglesia miraban silenciosamente.

—Ahora entendí—le dijo baba Masha a Katya mientras caminaban hasta la casa—. Tú estabas tan segura de tus pruebas bíblicas, y los pastores tenían argumentos tan débiles. Al final no voy a bautizarme en esa iglesia.

Katya hizo una oración silenciosa de agradecimiento a Dios.

Un par de días después una familia completa de la iglesia pentecostal llegó a su casa.

—Por favor, enséñanos más de tus creencias —le rogaron a Katya.

Así que pasó todo el día enseñándoles y contestando a sus preguntas.

Para gran alegría de Katya, tanto Mamá como Baba Masha decidieron al poco tiempo bautizarse en la Iglesia adventista. La más cercana estaba a cien kilómetros. Katya llamó al pastor para contarle las buenas noticias. Así que él reunió a varias personas de otros poblados que estaban esperando para ser bautizados, y bautizó a todo el grupo en el río.

De vuelta en la casa, había una cosa que todavía preocupaba a Katya. Era la pregunta del vodka de baba Masha. Ella no tomaba alcohol, pero tenía a mano dos cajas con botellas que usaba para pagarle al hombre que le ayudaba a hacer algunas reparaciones. Nadie en el poblado haría nada sin una paga, y como había poco dinero, el vodka se había convertido en la forma principal de trueque.

—Debes deshacerte del vodka —dijo Katya.

—¿Qué haremos? —preguntó Mamá, afligida—. ¿Cómo seguiremos adelante?

—No podemos hacer todo el trabajo nosotras solas —protestó baba Masha.

—Confiaremos en Dios —dijo Katya—. Si está mal tomar alcohol, entonces también está mal dárselo a otros.

Agarró una botella de vodka y comenzó a vaciarla en el inodoro.

— ¡No! —gritó baba Masha—. Debemos conservar el vodka. En dinero.

Se abalanzó hacia adelante para sacarle la botella a Katya, pero Mamá la detuvo.

—Katya tiene razón —dijo Mamá suavemente—. Debemos tener fe.

Katya continuó abriendo las botellas y derramando el licor hasta que se había ido todo el vodka.

Y Dios recompensó su fe, así como lo ha prometido, y como siempre hace. Un vecino comenzó a ayudarlas sin pedirles paga. Y los viernes de noche reemplazaba a Mamá en su trabajo en el centro recreativo. Abría las puertas, sacaba el equipo recreativo, instalaba los proyectores y hacía lo que fuera necesario, en lugar de ella.

A cambio, Mamá cocinaba para él algunas veces, y lo cuidaba cuando estaba enfermo o aquellas veces en que caía en un sopor etílico. Siguieron con ese arreglo hasta que Mamá se retiró del trabajo cinco años más tarde y el vecino falleció.

Mientras tanto, Katya se fue al colegio. No tenía dinero, pero con la ayuda de adventistas en Rusia, Japón y los Estados Unidos pudo asistir al Seminario Teológico de Zaoksky, ubicado a unos 100 kilómetros de Moscú. Sin embargo, ahora el descuido que había tenido en la escuela se hizo presente, y tenía que ponerse al día con mucho estudio. Esta vez se entregó por completo a estudiar y aprender las cosas que no había aprendido antes. Fue difícil, pero con la ayuda de Dios se puso al día.

Unos meses más tarde Papá fue a verla, muy preocupado porque su hija se había involucrado en lo que él pensaba era una secta religiosa. Cuando llegó estaba muy desconfiado y cauteloso. Cuestionaba todo lo que veía o escuchaba.

Entonces Katya le presentó a Gena, un amigo de Bielorrusia. Gena era un estudiante de teología. Él tenía una cama extra en su habitación, así que invitó a Papá a quedarse con él. Los dos hombres pasaron mucho tiempo conversando, y luego de algunos días Papá comenzó a relajarse.

Cuando llegó el momento en que tenía que irse, le dijo a Katya que estar en el colegio había sido una experiencia asombrosa.

—Veo tantos jóvenes aquí que realmente creen —dijo—. Su fe es real. Algunos de ellos eran drogadictos y alcohólicos antes, pero han cambiado. Ahora sé que esta fe tuya es real.

El corazón de Katya rebosó de agradecimiento cuando él agregó:

—¿Podrías orar por mí antes que me vaya?

Con gozo, Katya se arrodilló y oró de todo corazón por Papá. Cuando abrió sus ojos quedó atónita al ver lágrimas corriendo por su rostro. Nunca antes lo había visto llorar.

Un par de meses más tarde Papá le escribió a Katya y le dijo que esperaba que Dios cambie su vida también. Todavía no ha aceptado a Cristo como su Salvador, pero Katya sigue orando por él.

Mientras estaba en el seminario, Katya se contactó con Boris Gertsen, un productor de cine que realizaba documentales olímpicos. Le preguntó si tenía copias de videos de sus competencias, que él había grabado.

—Seguro —dijo Boris—, estaré encantado de hacértelas llegar. Cuéntame, ¿qué es de tu vida ahora?

Cuando Katya le contó cómo había encontrado a Dios, quiso hacer un documental de su historia. Ella estuvo de acuerdo, pensando que esta sería una forma de alcanzar a personas que de otra manera quizás nunca tendrían la oportunidad de escuchar sobre Dios. Así que fue hasta su estudio, como él le había pedido. Mientras tanto él había tenido otra idea.

—Hagamos un programa en vivo en tu iglesia.

Este era un pedido notable. Fuera de la Iglesia Ortodoxa, las otras organizaciones religiosas no tenían permiso para hacer tales cosas. Pero Gertsen no parecía preocupado.

Así que la siguiente vez que Katya fue a la iglesia, Gertsen envió un equipo de rodaje y un director. Ellos se instalaron afuera del edificio mientras el narrador le hacía preguntas sobre su experiencia religiosa. Luego el camarógrafo la filmó subiendo los escalones y entrando en la iglesia.

Antes que el equipo se retirara Katya le dio libros cristianos a cada uno. Desafortunadamente, no tuvo la oportunidad de ver la película porque salió cuando ella estaba de viaje. Pero esperaba que alguna persona que la viera fuera motivada a aprender acerca de Dios.

Ese invierno Katya y Cari Dambman fueron como capellanes al Campeonato Mundial en Ramsau, Austria. Katya compartió la habitación con su vieja amiga, Elena Sinkevich, mientras estuvo allí. A Elena le fue muy bien en los juegos del Campeonato del Mundo. Salió sexta. Cuando volvió a Minsk, el presidente Lukashenko la felicitó personalmente. Katya estaba muy feliz por su amiga.

Pero un mes después Katya no podía creer cuando se enteró que Elena se había suicidado. Se había ahorcado con el cinturón de su esposo. Apenas pudo, Katya habló con otras mujeres del equipo de Elena.

—Durante los últimos meses —dijo una—, Elena estaba muy deprimida. Varias veces la escuché decir: "Tengo todo. Soy exitosa. Tengo un departamento, un auto, dinero, una familia. Pero eso no me da gozo. A veces siento que no quiero vivir más".

Katya lloró la pérdida de su amiga. Y oró:

—Gracias, Dios, por darme algo por lo cual vivir.

Katya había renunciado a su equipo, que se había convertido en su familia, confiando en que el pueblo de Dios sería una familia para ella, y su fe fue recompensada. Miembros de iglesia de Rusia, Japón, los Estados Unidos, Escocia, Suiza e Inglaterra se unieron varias veces para ayudar a Katya, haciéndola sentir amada y aceptada. Pero Dios tenía planes aún mejores para ella.

Papá se había vuelto a casar, y su nueva esposa tenía una hija adolescente llamada Marina. Katya y Marina se hicieron buenas amigas y verdaderas hermanas.

Con el tiempo, Marina también fue bautizada en la Iglesia Adventista y asistió al Seminario de Zaoksky. Más tarde pasó un semestre como misionera en Tailandia.

El trabajo duro de Katya en el seminario tuvo sus resultados. Se graduó magna cum laude, "con altos honores", y obtuvo tanto el título de secretaria como la licenciatura en teología.

Se enteró de que Mamá y baba Masha habían comenzado a tener reuniones en su casa con vecinos interesados. Las dos mujeres siempre regalaban cualquier material de lectura que tuvieran. De hecho, había tal demanda de literatura que Mamá comenzó a comprar varias suscripciones de las revistas adventistas para poder compartirlas con otros habitantes del pueblo. También regaló varios videos y libros al director de la granja colectiva local.

Pero no todos estaban felices con estos esfuerzos. Algunos de los habitantes se resistían a las nuevas ideas. Todavía temían que fueran sectas. Algunos fueron un poco más lejos que solo miradas y palabras de enojo. Un hombre amenazó con quemarles la casa. Por supuesto, las mujeres oraron pidiendo protección, y antes de que el hombre enojado pudiera llevar a cabo sus planes, murió de un ataque cardíaco.

Cuando una mujer del poblado decidió que quería ser bautizada, su esposo se opuso enérgicamente. A menudo iba a la casa donde las mujeres estaban estudiando la Biblia. Borracho, oscilaba grandes cuchillos frente a los rostros de las mujeres y las amenazaba:

— ¡Las voy a matar a todas!

Las mujeres asustadas oraban:

—Querido Señor, por favor protégenos de ese hombre borracho.

Él se quedaba un ratito ahí, mirándolas con ojos salvajes inyectados en sangre, y luego, de repente, se daba vuelta y se iba a los tropezones. Nunca las lastimó, y su esposa fue bautizada.

Con el tiempo Katya pudo asistir a Newbold Colle-ge, en Inglaterra, para hacer una Maestría en Teología mientras trabajaba como coordinadora de deportes para el colegio.

En el año 2006 fue a Turín, Italia, para las Olimpiadas de Invierno, no como una competidora, sino como la primera capellana adventista del séptimo día. Hizo muchos contactos con otros atletas. Oró con ellos, renovó viejas amistades y distribuyó Nuevos Testamentos y demás literatura. Incluso se encontró testificando ante sus colegas capellanes.

Cuando le preguntaron por qué había renunciado ai equipo, les explicó acerca de su convicción en guardar el sábado. Un par de capellanes le hicieron algunas preguntas doctrinales, y ella las respondió lo más cuidadosa y pensativamente que pudo.

Un capellán en particular de acercó a ella buscando respuestas a las preguntas teológicas que lo molestaban. Como si yo fuera una experta, pensó Katya, y oró para que Dios le diera sabiduría. Siempre le alegraba intercambiar puntos de vista con él y señalarle en la Biblia las respuestas a sus preguntas.

—Sabes —le dijo finalmente—, me gusta la idea del sábado. De ahora en adelante yo también lo voy a guardar. Gracias, Katya.

Agradecidos por la tarea que había hecho en Turín, los capellanes la invitaron para acompañarlos también en las Olimpiadas de Verano del 2008 en Beijing y en las Olimpiadas de Invierno de 2010 en Vancouver.

Mientras tanto Katya volvió a Newbold a continuar su trabajo y sus estudios allí.

Capítulo 12

Cuando Dios Dirige

Un día frío de noviembre, mientras Katya buscaba lugar en el comedor de Newbold College, notó el rostro de un hombre joven nuevo. En cierto momento sus ojos se cruzaron, y los ojos de él brillaron. Unos días más tarde se encontraron en la misma mesa.

—Hola, soy Katya —le dijo.

—Paolo Marzano —respondió con una sonrisa entusiasta.

Al principio su inglés no era lo suficientemente bueno como para que tuvieran una conversación, pero cada vez que él veía a Katya, le sonría. Cada vez que ella iba al comedor lo descubría mirándola, y ella cruzaba una mirada con él. Parecía ser tan inteligente como atractivo. Y él la estaba mirando con ilusión.

El sábado siguiente se encontró sentada al lado de él en la iglesia. Él se daba vuelta para sonreírle a cada rato, lo cual hacía que su corazón latiera más fuerte.

Al mejorar el inglés de Paolo comenzaron a hablar más y más. Katya descubrió que él estaba trabajando en su doctorado en ingeniería geotécnica, y que había venido a Newbold a estudiar inglés por varias semanas.

Después de eso, a menudo se sentaban en la misma mesa y disfrutaban de largas charlas.

Un día Paolo estaba especialmente entusiasmado.

—Alguien me dijo que esquiaste en las Olimpiadas —le dijo.

—Sí, lo hice —dijo Katya.

—Estoy apurado por llegar a clase ahora, pero por favor cuéntame todo sobre eso pronto.

Así que una tarde ella le contó toda su experiencia en Japón.

Paolo escuchó con mucho interés y le hizo algunas preguntas que mostraban que entendía el deporte.

—Soy un gran apasionado por los deportes —le dijo cuando ella terminó su historia—. En realidad, solía participar en muchas actividades deportivas. Mi especialidad era el salto en alto. La altura que me llevó al éxito la realicé cuando tenía 16 años. Medía 1,67 metros y salté 1,80 metros.

—¿Ya no compites? —le preguntó Katya.

—No —dijo con pesar—. Una vez, cuando estaba compitiendo en salto de vallas golpeé una valla y me lesioné la rodilla. ¡Mi rótula voló hasta la mitad de mi muslo!

Katya sabía que esa lesión debía haber sido terriblemente dolorosa, pero Paolo sólo se rió.

—Eso ya pasó —dijo.

Aunque había tenido una cirugía para arreglar su rodilla, nunca más había podido competir profesionalmente.

—Pero amo los deportes y estoy impresionado con tus logros —le dijo, volviendo la conversación hacia la persona de Katya.

Katya estaba impresionada de que Paolo fuera tan modesto como inteligente y atractivo. Se enteró que enseñaba en una universidad y que había estado involucrado en algunos proyectos de ingeniería importantes, incluyendo dos líneas de subterráneos en Roma, un gran puerto y un vía férrea.

Paolo la miró fijamente.

—Estoy asombrado —dijo—, asombrado por tu belleza y por tu habilidad para los deportes. ¡Eres una persona tan interesante!

Ante esto, Katya descubrió que le estaba costando respirar. Pero en realidad no lo conozco, se recordó a sí misma. Recién nos hemos conocido.

Pero después de eso, Paolo siempre le guardaba un lugar en la mesa del comedor donde se sentara. Mientras más hablaban, encontraban más cosas que tenían en común. En poco tiempo se hicieron buenos amigos. Pasaron mucho tiempo hablando, y adonde fuera Katya, encontraba a Paolo cerca.

Comenzó a mostrarle los alrededores de Newbold. Justo antes de que él tuviera que regresara Italia, Katya lo llevó al romántico pueblo de Henley junto al Támesis. Allí caminaron y hablaron por horas.

Luego de que Paolo volvió a Italia, a menudo hablaban por teléfono. Una vez hablaron por ¡nueve horas seguidas!

En febrero él volvió a Inglaterra por algunos días. Dijo que había ido para ver a algunos amigos, pero pasó casi todo el tiempo con Katya.

—Te extraño —le dijo—. No puedo estar lejos de ti.

—Pero amo los deportes y estoy impresionado con tus logros —le dijo, volviendo la conversación hacia la persona de Katya.

Katya estaba impresionada de que Paolo fuera tan modesto como inteligente y atractivo. Se enteró que enseñaba en una universidad y que había estado involucrado en algunos proyectos de ingeniería importantes, incluyendo dos líneas de subterráneos en Roma, un gran puerto y un vía férrea. Paolo la miró fijamente.

—Estoy asombrado —dijo—, asombrado por tu belleza y por tu habilidad para los deportes. ¡Eres una persona tan interesante!

Ante esto, Katya descubrió que le estaba costando respirar. Pero en realidad no lo conozco, se recordó a sí misma. Recién nos hemos conocido.

Pero después de eso, Paolo siempre le guardaba un lugar en la mesa del comedor donde se sentara. Mientras más hablaban, encontraban más cosas que tenían en común. En poco tiempo se hicieron buenos amigos. Pasaron mucho tiempo hablando, y adonde fuera Katya, encontraba a Paolo cerca.

Comenzó a mostrarle los alrededores de Newbold. Justo antes de que él tuviera que regresar a Italia, Katya lo llevó al romántico pueblo de Henley junto al Támesis. Allí caminaron y hablaron por horas.

Luego de que Paolo volvió a Italia, a menudo hablaban por teléfono. Una vez hablaron por ¡nueve horas seguidas!

En febrero él volvió a Inglaterra por algunos días. Dijo que había ido para ver a algunos amigos, pero pasó casi todo el tiempo con Katya.

—Te extraño —le dijo—. No puedo estar lejos de ti. Decidió hacer parte de su doctorado en la cercana Universidad de Cambridge para que pudieran verse más seguido. En abril oficializaron su noviazgo, y la relación creció rápidamente.

Entonces, un día de agosto, él la llevó a Henley junto al Támesis, donde habían pasado esas horas hermosas varios meses antes. Caminaron por el romántico puente que cruza el río.

—Pienso en este lugar como "nuestro lugar" —le dijo—. A menudo pienso en él desde esa vez que me trajiste aquí.

De repente cayó sobre una rodilla.

—Katya, ¿te casarías conmigo? —le preguntó ansiosamente.

Ella sonrió con todo su corazón.

—Sí, Paolo, me casaré contigo.

Sacó un pequeño candado rosado con una cadena de su bolsillo. El candado tenía las iniciales de los dos.

—Nuestra relación es como este candado —le dijo mientras le daba una llave—. Ambos tenemos una llave para abrir el candado y salir si es lo que queremos.

—La cadena simboliza a Dios, quien está en el trono de nuestra relación —continuó mientras colocaba la cadena alrededor de la valla del puente y la cerraba con el candado.

Entonces tiró su llave lo más lejos que pudo, hacia el río. Se hundió en el agua a varios metros de distancia.

—Yo no necesito una llave porque nunca quiero abrir el candado. Te prometo mi vida entera. Siempre estaré contigo —le prometió.

—Yo tampoco necesito una llave —dijo Katya—. Te prometo mi vida entera —y tiró su llave atrás de la de él.

Ese mismo mes visitaron a la familia de ella en Rusia, y luego a la familia de él en Italia. Todos los padres quedaron encantados con sus futuros parientes.

Al principio la pareja planeaba casarse apenas Katya terminara su magíster. Pero un día, mientras pensaban en una fecha para la boda, Katya frunció el ceño.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Paolo, siempre atento a sus expresiones.

—Es sólo que el año pasado tuve problemas con mi visa. Expiró y tuve que volver a Rusia. Pasó un tiempo y pensé que no me darían una nueva y que no podría volver a Newbold. ¿Y si sucede lo mismo de nuevo, antes de que podamos casarnos?

— ¡Yo sé cómo podemos solucionar eso! —exclamó Paolo—. ¡Simplemente nos casaremos ahora!

—¿Ahora?

—Seguro. ¿Por qué no? Sabemos que nos queremos casar, ¿cierto? ¿Por qué esperar?

Así que viajaron hasta Italia y se casaron en un registro civil del pueblo de Gaeta, entre Roma y Napoles. Fue en la romántica costa mediterránea de Italia.

En la primavera de 2008, cuando Katya completó su magíster, la pareja se mudó a Italia, donde Paolo terminará su doctorado. ¿Después de eso? Bueno, esperarán ver a donde los dirige Dios. Tienen fe en que él les mostrará su voluntad, y saben que no podrían tener un mejor guía.

Lo seguirán, sin importar lo difícil que sea el camino. Y Katya, quien por muchos años luchó por una medalla de oro olímpica, la ha remplazado por el oro de las calles de la Nueva Jerusalén. Sin duda, tanto ella como Paolo saben que ese es el único oro por el cual vale la pena luchar